

# PIERRE MABILLE

## Del nuevo mundo y otros escritos

Esta edición incluye los siguientes artículos de Pierre Mabille:  
«Le Paradis». *VVV*, nº 4, 1944 Traducido por Juan Carlos Otaño  
«Préface à l'Eloge des Préjugés populaires». *Minotaure*, nº 6, 1935  
«Miroirs». *Minotaure*, nº 11, 1938 «L'Oeil du Peintre». *Minotaure*, nº  
12-13, 1939 Traducidos por Magalí Sirera Manchado  
«Del Nuevo Mundo». *Cuadernos Americanos*, México, 1943

Este texto puede ser reproducido en la  
manera que se considere oportuna

Correspondencia: ETCETERA

Apartado 1363

08080 Barcelona

[www.sindominio.net/etcetera](http://www.sindominio.net/etcetera)

Publica: ETCETERA. Dep. Legal B-28358/85



**ETCETERA**

**57**

## Nota de lectura

**Pierre Mabil**le nace en Reims en 1905. Médico como su padre, con 24 años es médico internista en el Hospital de Bicêtre, en París. Su desmedida curiosidad intelectual lo lleva de la medicina hasta un vasto saber enciclopédico que abarca desde el hermetismo a la física moderna. En 1934, encuentra a los surrealistas, colabora en *Minotaure*, la revista del grupo, de la que formará parte, en 1937, del comité de redacción junto a Breton, Éluard, Duchamp y Henein. En esta revista escribirá Mabil singulares artículos en los que va plasmando su concepción determinista del hombre. Durante estos años publicará «La Construction de l'Homme»; «Egrégores ou la vie des civilisations»; «Thérèse de Lisieux, une Mystique decadente»; y «Le Miroir du Merveilleux». En 1940, iniciada la ofensiva alemana en Francia y buscado por la policía de Vichy, embarca en Marsella para Orán hasta llegar finalmente a Haití. Durante tres años se cuidará del Hospital Asilo francés de Puerto Príncipe, dará clases en la Facultad de Medicina y se interesará por el culto vudú creando el Instituto Etnológico Haitiniano. Desde Haití, invitado para dar un ciclo de conferencias, viajará a México donde encontrará a sus amigos surrealistas y escribirá en *Cuadernos Americanos*, revista iniciada en 1942 por mexicanos y españoles exiliados. Liberada Francia, regresa a París en febrero de 1945. En Junio es nombrado agregado cultural en Haití y viaja a Puerto Príncipe para retomar la dirección del Hospital Asilo francés, pero pronto movimientos políticos dentro de la isla le obligan a regresar a París en abril de 1946. Aquí, apartado de toda actividad política y literaria y frecuentado tan sólo por algunos de sus amigos surrealistas, empieza una vida dedicada al estudio y a la práctica de la medicina. El 13 de octubre de 1952, Pierre Mabil muere de una crisis cardiaca durante la consulta médica en su domicilio.

A pesar de la importancia de su obra, Pierre Mabil es poco conocido en España. Sólo hasta hace poco no ha empezado a ser editado aquí. Octaedro ediciones, en su colección Límites acaba de editar «Egrégores o la vida de las civilizaciones». En Etcétera habíamos publicado «Espejos», que ahora reproducimos en esta edición junto a otros dos artículos suyos aparecidos en *Minotaure*, «Prefacio al Elogio de los Prejuicios Populares» y «El Ojo del Pintor»; otro en la revista *V V V*, «El Paraíso»; y otro en *Cuadernos Americanos*, «Del Nuevo Mundo».

«Prefacio al Elogio de los Prejuicios Populares», (Minoture, n.º 6, 1935), es un estudio sobre el inconsciente, en el que Mabilille descubre un inconsciente visceral, producto de nuestra vida interior y generador de impulsos y deseos que imponen a la inteligencia su dirección, y un inconsciente colectivo o inconsciente del olvido, supervivencias de lo aprendido durante siglos y que perdura detrás del olvido: hábitos, costumbres ancestrales, prejuicios y supersticiones (*super-stare*); es el que se encarga de las creaciones, a las que el yo racional cierra el paso.

En «Espejos», (Minotaure, n.º 11, 1938), Mabilille nos describe la importancia del espejo para nuestra constitución psicológica. A diferencia del animal que sólo ve ante el espejo a un otro semejante, el niño se reconoce en este otro, imagen virtual que le anticipa su yo, ya que su inmadurez motriz no le permite reconocerse aún como uno, lo que Lacan conceptualiza como primera alienación, en su teoría de la génesis del yo, en el Estadio del espejo (1936). Mabilille analiza este enigma de la imagen en el espejo, creador de conciencia y de ilusión a la vez, que pone de manifiesto la dualidad entre el “yo” y el “sí mismo”.

En «El Ojo del Pintor», (Minotaure, n.º 12-13), Mabilille da cuenta del incidente de Víctor Brauner durante una discusión del grupo, que le costó la pérdida de un ojo, y analiza el azar objetivo, mostrando distintos cuadros de Brauner anteriores al suceso, viendo en ellos la mano del pintor inscribiendo la imagen de su propio porvenir. Contra la teoría del azar (“accidente”, “casualidad”) según la cual nada anterior podía hacer prever el accidente, Mabilille hace ver como toda la vida del pintor convergía hacia esta mutilación.

«Del Nuevo Mundo», (Cuadernos Americanos, México, 1943). Continuación de «Egrégos o la vida de las civilizaciones», donde Mabilille estudia la relación del ser con respecto al universo y desarrolla su concepción determinista (el universo es un todo indivisible), concepción perseguida por la Iglesia y los príncipes, y que se enfrenta al indeterminismo, base de la civilización occidental, que postula la secuencia de concatenaciones (casualidades) para excluir la relación causal. “Mientras que el indeterminismo afirma la voluntad de atenerse a lo que se llama la observación y reconoce como fin la acción práctica, el determinismo es una doctrina de interpretación enfocada hacia el conocimiento. Su punto de partida reside en el hecho de que la naturaleza verifica los cálculos del espíritu”

«El Paraíso», (V V V, n.º 4, New York, 1944), es un texto beligerante contra los mitos edénicos, ya sean religiosos (el cielo cristiano) o profanos (el comunismo retórico) y a los que se llega según la recompensa a un sacrificio. Rechazo de todas las fantasías de un paraíso en el más allá inventado por los amos para hacernos aceptar el sufrimiento y renunciar al placer. Hace falta superar el complejo paradisíaco haciendo presente el porvenir.

# Prefacio al elogio de los prejuicios populares<sup>1</sup>

El espermatozoide ha encontrado el óvulo en la matriz de la mujer. Desde este minuto, empieza una construcción que sobrepasa el marco humano para alcanzar las vastas elaboraciones naturales. El andamiaje será proporcionado por las especies animales y los hilos tendidos a través de las edades geológicas. Las series vivas o extinguidas no se repiten en el embrión en formación de manera tan simple como podríamos pensar. Solo las tendencias de edificación que encontraron en periodos lejanos su realización en las formas de los animales superiores reaparecen, en estado de intenciones, esbozadas en el feto. Estos impulsos que con el tiempo se han afirmado, diferenciado o buscado, se mezclan y se traban disipándose. El huevo, en algunas semanas, coagula las lentas búsquedas que durante millones de años ha efectuado la adaptación. Pero muy pronto llega a su propia especie, empieza a parecerse a lo que será y, reduciendo el ritmo de esta revisión de los tiempos, desemboca, hacia el final del embarazo, con una mayor precisión anatómica, en los datos de la herencia próxima. La película parece un sueño en el que los deseos y las imaginaciones creadoras de la naturaleza se superponen, se sobreimprimen, borrosas, para llegar a la nitidez en la puesta a punto de la construcción terminada. De hecho, el proceso es idéntico en cualquier elaboración, ya se trate de un ser, de una idea o de un acto.

Ahora bien, desde el momento en que el embrión existe materialmente, desde su primer minuto, está sujeto a una vida propia. Su entorno es, en primer lugar, la sangre materna, la cual es para él un universo extranjero contra el que debe luchar, al mismo tiempo que toma de él aquello con lo que se forma. Cuando nace, el contacto con los seres y los objetos se vuelve directo. La defensa y la adaptación al medio le imponen una personalidad que va a establecerse

---

<sup>1</sup> Puede ser considerado de nuevo como un resumen sintético de un estudio de morfología física y psicológica de próxima aparición.

deformando en mayor o menor medida la fuerza hereditaria inicial. El ser puede representarse pues como un cociente entre dos términos: experiencias de los tiempos y experiencia propia. Tiene que adaptar, para él y en función del entorno, su persona, la cual ya es un conglomerado de todas las adaptaciones anteriores.

Es necesario recordar dichos orígenes, pues este orden que encontramos en la construcción física se encuentra también en los fenómenos psicológicos. No es muy diferente. Sin embargo, el estudio de los hechos psíquicos resulta más difícil debido a la existencia de la conciencia. Esta parece establecer una barrera entre dos ámbitos opuestos. Por un lado, la inteligencia alimentada por las aportaciones sensoriales o de memoria que conducen al juicio y a la abstracción; por otro lado, desbordando esta estrecha banda de claridad, el inconsciente con su vasto contenido, cuya exploración es primordial. Este está formado por dos partes: un inconsciente visceral, testimonio de nuestra vida interior, y otro más general que podríamos llamar inconsciente del olvido, que es a la vez personal y social. Intentemos descifrar las grandes líneas de este.

Vísceras, glándulas, vasos circulatorios forman un sistema cuyas exigencias, armonías y discordias establecen una vida vegetativa, base misma de nuestra existencia. De este alambique emergen los impulsos, los deseos, las necesidades, los estados de tristeza o de alegría, los malestares o la euforia. En general, la conciencia no se ve afectada salvo cuando los fenómenos sobrepasan sus límites habituales, pero estos movimientos internos, factores de nuestro dinamismo, imponen a los conceptos intelectuales sus direcciones y sus colores. El juego visceral, el equilibrio de las hormonas determinan completamente nuestros gustos, nuestra actividad, dirigen nuestros esfuerzos, forman nuestro núcleo pasional que la inteligencia lleva a cabo o no en conformidad con el entorno. La conciencia no tiene otro fin que el de servir a estas pasiones, darles forma o deformarlas, reducirlas en el marco de los límites imperativos del mundo exterior.

Los animales superiores tienen una organización visceral bastante parecida y por lo tanto, dicho inconsciente, es también similar en las diversas especies, que es reacción psicológica de la materia viva, inherente a la vida y evoluciona de la salud a la muerte. No obstante, la parte individual no es despreciable en materia de las susceptibilidades personales, las fórmulas internas, el equilibrio hormonal, los umbrales variables de sensibilidad consciente.

Permanece sometido al mayor automatismo por su misma naturaleza anatómica (balanceo regulativo glandular, estructura del sistema nervioso vegetativo). La enfermedad, los más importantes desórdenes y las modificaciones del medio no logran cambiar el contenido de este inconsciente, dado lo estrechos y estables que son sus límites. Hay pocas esperanzas de que se enriquezca considerablemente en el futuro. Condenado a la oscuridad, este núcleo central de la vida, este testimonio de las combustiones del fuego interno solo estalla realmente en el dolor, solo habla para maldecir y quejarse; el equilibrio es silencioso y no los tumultos. El elemento sexual es uno de los componentes de este andamiaje y tiene un gran papel, pero no el único.

La otra parte del inconsciente está formada por la masa de cosas aprendidas con los siglos o con la vida, que fueron conscientes y que, por difusión, han entrado en el olvido. He aquí el paralelismo con la formación embrionaria en la que la edificación geológica es particularmente visible. Todos los esfuerzos, exitosos o no, se han superpuesto, suerte de estratificación lenta y oscura, biblioteca donde los libros se han fundido los unos con los otros y donde los títulos se han borrado. Vasto fondo submarino donde todas las culturas, todos los estudios, todas las trayectorias de los espíritus y las voluntades, todas las revueltas sociales, todas las luchas emprendidas se encuentran reunidas en un cieno informe. Allí, los elementos se digieren, se pudren, se mezclan disgregándose. Verdadera geología espiritual donde, por capas, los materiales, caparazones y conchas, hojas y flores se colocan en lo oscuro. Los elementos pasionales de los individuos se han retirado, apagados. Solo subsisten los datos extraídos del mundo exterior, transformados y digeridos en mayor o menor medida. Este inconsciente está hecho de mundo exterior y continúa su lento trabajo a través del paso por el espíritu de los hombres, aglomerándose, cristalizando, neutralizándose a su conveniencia según las afinidades selectivas de los materiales dispuestos. Tal es la marcha de las ideas en el inconsciente. Nacido de la vida social, este humus pertenece a las sociedades. La especie y el individuo cuentan poco; sus únicas referencias son las razas y el tiempo. Este enorme trabajo confeccionado en la sombra reaparece en los sueños, los pensamientos, las decisiones, sobre todo en los periodos importantes y durante las alteraciones sociales; es el gran fondo común, reserva de los pueblos y los individuos. La revolución, la guerra y la fiebre le ponen

en movimiento. Cuando sale hirviendo, atravesando los umbrales de la conciencia para transformarse en actos y conceptos, nosotros no hacemos más que prestarle nuestras personas, proporcionarle un medio de tomar forma: explota nuestra materia personal.

El inconsciente visceral se presta a un análisis, se pueden seguir día a día sus fluctuaciones mediante el control de los sueños, mediante el examen de la mímica, de los gestos esbozados, mediante la comprensión de nuestros motivos. Su visión siempre está fuertemente impregnada de un juicio psicológico casi médico.

Respecto al inconsciente del olvido, que todos llevamos en nosotros mismos, solo puede ser percibido si le proporcionamos los medios de surgir, bajando si es posible el umbral de la conciencia o buscando los medios de facilitarle la escapada. La mayoría de veces el esfuerzo de la inteligencia se opone a su salida. Adivinamos lo rico y confuso que es, geológicamente rico, insondablemente extenso. Por lo tanto, ya no hay misterio en Pascal redescubriendo los libros de Euclides, ni en el niño poeta, ni en el monstruo del cálculo o en el prodigio musical. Son islas que emergen del océano del olvido y no creaciones extrañas de seres curiosamente organizados. Son agudezas naturales y normales de tierras elaboradas con lentitud por los siglos y los cadáveres. No habrá más que estudiar ese fuego interno y esas capas subyacentes a la luz, las erupciones y las roturas; pero no consideremos en ellos accidentes o desorden mientras que son solo procesos normales. Terremotos y volcanes son modos habituales de la progresión de las cosas. Busquemos el horario de las mareas internas. Habiendo superado la psicología individual, recurramos a una suerte de historia natural de los ritmos volcánicos y de los cursos de agua subterráneos. Nada hay en la superficie terrestre que no haya sido subterráneo (agua, tierra, fuego). Nada en la inteligencia que no haya hecho digestión y circuito en las profundidades.

Por una parte, el análisis estratigráfico permitirá conocer de qué están hechos, de dónde vienen la tiza, las arenas, las rocas de las ideas. Por otra parte, las leyes y los ciclos de las erupciones indicarán la fecha, el lugar, las condiciones de esas aperturas de la conciencia periférica.

Un programa de estudios de esta índole no es para nada imposible de llevar a cabo si tenemos en cuenta el gran número de observaciones ya realizadas. No es quimérico pensar en tomar un contacto con el inconsciente del olvido, tierra básica de nuestra vida intelectual, contemplando sus emergencias sucesivas.

El medio para conseguirlo será el análisis de los tiempos y de la herencia. No es cuestión aquí de entrar en largas consideraciones sobre estos asuntos; no obstante podemos dar una breve idea aproximada. Digamos para empezar que la herencia está estrechamente vinculada a la noción de concordancias cíclicas. Los fenómenos de la herencia se estudian hoy en día a una escala demasiado pequeña, por ejemplo las observaciones mendelianas. Distingamos también que, entre las supervivencias y las reapariciones, las unas curvas continuamente positivas o negativas, las otras trazadas con aspecto sinusoidal, existen todos los estados intermedios, ya que nada desaparece completamente que no haya de reaparecer. Cuando hablamos de emergencia, somos aún víctimas de las apariencias; valdría más decir floración, acceso de actividad sobre un fondo adormecido y reducido a no ser más que un esbozo, es decir, casi un recuerdo olvidado.

Las supervivencias son las supersticiones, las costumbres, los hábitos, las prácticas. Superstición, de *super-stare*, lo que queda tras el olvido, lo que perdura. Son gestos o juicios cuyo sentido hemos extraviado y que perduran. Vivimos en medio de un gran número de supervivencias de esta índole. Por ejemplo las ceremonias de fundación. Cuando Gaston Doumergue, para inaugurar las obras de la Ouest-Ceinture se abasteca de una pequeña llana de plata, empotra la primera piedra incorporando en el mortero una moneda nueva de diez francos, realiza un gesto que le será imposible legitimar. Se encuentra en pleno automatismo social. En realidad, hace perdurar las ceremonias de fundación con depósitos de objetos (tablas, cilindros, monedas), que describen con detalle los más antiguos textos de Sumeria y de Acad, escritos treinta siglos antes de nuestra era. Y lo mismo para las ceremonias de bautizo con el uso del agua, lo mismo para la inhumación de los muertos con la práctica del sudario blanco, etc. Destaquemos la riqueza extrema de la Provenza en costumbres de esta índole. Estas son las supervivencias, corrientes profundas de las que se alimentan regularmente todos los sistemas sociales y todas las construcciones religiosas. Vasto fondo de conservación social, que aumenta muy lentamente y se modifica poco.

Más interesante aún es el estudio de las emergencias o reapariciones cuyos ritmos e imbricaciones forman la historia, historia del pensamiento de los individuos y de los pueblos. Demos algunos ejemplos muy rápidamente.



Hoy en día, reflorece sistemas filosóficos que reanuda los de Platon y los neopitagóricos. Revive algo de la época griega y alejandrina.<sup>2</sup> Se trata de fenómenos de herencia lejana, tan difíciles de extraer de los hechos morfológicos físicos y, al contrario, tan manifiestos en el ámbito psicológico. En los pensamientos modernos de esta índole no hay verdadera creación. Son las viejas capas grecoasiáticas que reaparecen tras una larga permanencia en el inconsciente.<sup>3</sup>

Los libros y las obras de arte han sido dejados como semillas que debían volver a germinar un día, en el momento en que surgiera, de la profundidad de los hombres, el aliento antiguo. También las formas reinventadas por ciertos artistas actuales, Picasso por ejemplo, las que emergen de dibujos automáticos, son muy parecidas a las que se trazaron en la época prehelénica. La tierra de los alfareros dibuja unas curvas que, sin voluntad conciente de sus autores, están vinculadas a las que produjo la antigua Asia Anterior. Esta herencia a largo plazo hace que resulte apasionante el estudio de la arqueología. Arroja luz nueva a los presuntos misterios; mientras que los entendidos buscan en las migraciones, en las invasiones diversas, la clave de estos fenómenos, el estudio de las mareas cíclicas del inconsciente permite comprender sobradamente esas erupciones alejadas en el tiempo.

Hay cadenas más cortas, que vinculan épocas separadas por sólo cuatro o cinco siglos. Asistimos al rebrote de concepciones medievales, refluencia de la astrología, de las ciencias conjeturales, de los grandes intentos de síntesis; en el ámbito político, las tentativas de legislación internacional, las tendencias corporativas, la lucha de las vastas organizaciones semiocultas nos acercan, con todas las diferencias inherentes al cambio de medio, a los siglos XI y XVI. La concepción de la físico-química moderna, de los razonamientos matemáticos, de la medicina homeopática nos acerca a individuos como Agripa, R. Fludd, Paracelso o Cardan. Estos son, por así decirlo, fenómenos hereditarios a medio plazo.

<sup>2</sup> En los individuos, los recuerdos de la juventud reaparecen en los períodos de gran fatiga y cuando la muerte se acerca. Lo mismo ocurre con el inconsciente ancestral; cuando llegan a la conciencia capas muy antiguas es señal del término de un modo de civilización o por lo menos de un profundo cambio social.

<sup>3</sup> Sin duda hay fenómenos de herencia aún más alejados, que remontan el curso de los siglos. Actualmente reaparecen tendencias y formas que datan del hombre de antes de la era histórica.

Señalemos que no escribimos por casualidad en *Mionotaure*. Este mismo nombre es bastante característico.

Percibimos con clara nitidez las filiaciones inmediatas. Herencia próxima que vincula nuestro tiempo al segundo tercio del siglo XIX, hacia 1860-1880. Aquí las observaciones mendelianas reaparecen enteras. Reparación en la segunda o tercera generación de los caracteres adquiridos. Se conoce el vínculo que une generalmente abuelos y nietos mientras que la filiación directa padres-hijos se establece más bien en oposición. La mayoría de veces hay continuación con los abuelos y reacción de defensa y cambio de signo con los padres.

Aquí se sitúan los fenómenos señalados por los sociólogos. Se sabe que para que un sistema filosófico nuevo, una teoría científica o un esfuerzo innovador en arte lleguen a ser un factor de la vida social, para que sea realmente comprendido, son necesarios unos cincuenta años. Se dice generalmente que el pueblo va atrasado respecto a este tiempo, sea cual sea la difusión hecha de las ideas o de las formas. La explicación es simple: en el momento, entre creadores y masa solo ha podido haber un simple contacto, conversación, intercambios estrictamente exteriores en los que a menudo interviene el esnobismo, una absorción puramente intelectual. Sin embargo, cuando las cosas reaparecen en la generación siguiente, no la otra, convertidas en parte integrante de los individuos, digeridas en el inconsciente, entonces puede haber una difusión real, una comprensión verdadera. Rimbaud y su filiación surrealista, el marxismo y su difusión social, Nietzsche y el fascismo son ejemplos suficientemente elocuentes. La simiente no encuentra terreno por lo que crea y su descendencia le proporciona la tierra.

Todas estas emergencias no tienen naturalmente los mismos rasgos. Las erupciones de capas antiguas tienen un aspecto más general, más impersonal. Son rocas duras y firmes. Las reparaciones próximas aún se encuentran tibias de odio, de amor, son margas granuladas heterogéneas. Intervienen sobre todo en las formas superficiales del pensamiento, en la moda, en los aspectos de la sensibilidad. Lo que acabamos de mostrar para la experiencia hereditaria de los hombres es parecido a lo que ocurre para los límites de su vida. Las mismas alternancias cíclicas hacen emerger, del inconsciente, cosas adquiridas en diferentes edades. Todos esos terrenos mezclándose forman los momentos de nuestro pensamiento. Razonamientos olvidados de la infancia, lecturas clásicas, el trabajo de los últimos años emergen y se dibujan en mí en estas líneas. Estos son, resumidos en un corto esquema, los aspectos de estas mareas interiores del inconsciente. Sería preciso

abordar también la coalescencia de las ideas durante los periodos de sueño, el análisis de las condiciones que desembocan en el sumergimiento de los conceptos en el inconsciente, la maduración que experimentan luego y los factores de sus salidas a la luz. Es imposible siquiera intentarlo en el marco de un estudio tan breve. Limitémonos a señalar la actitud de la inteligencia respecto a ese doble inconsciente. Ya hemos dicho que esta es el juguete de los impulsos viscerales; la inteligencia no tiene otro fin que el de obedecer a esas tendencias interiores dentro de los límites impuestos por las leyes del mundo exterior. Revestimos nuestras necesidades y nuestros deseos con razonamientos y pretextos. Nuestro mecanismo lúcido está destinado a organizar la caza, a planificar los medios de apaciguar el hambre.

En cuanto al inconsciente del olvido, es él quien resuelve los problemas y se encarga de las creaciones. En él se hacen las soluciones y los descubrimientos. Gracias a él, el hijo reinventa su ciencia. Nuestro yo racional, con el orgullo considerable que es su firma, toma en sus manos todo ese trabajo. Se vanagloria en esta edificación lenta como si fuera el agente creador. Generalmente, a causa de su estupidez, su óptica deformada, su miedo a lo nuevo, su deseo de comprender en el acto, cierra la puerta a las erupciones profundas. A fuerza de controlar se vuelve inhibitorio. Solo los poetas, los artistas verdaderos dejan pasar en ellos el fuego emergente de los fondos submarinos. Se prestan como herramientas, pluma y tinta, al dictado interior. A lo que llamamos inspiración solo aportan el esfuerzo de una técnica o de un oficio, necesario para la fijación o el acondicionamiento. A menudo, incluso, se encuentran tan fuera del fenómeno que no llegan a comprender el sentido exacto o el alcance de lo que sale de ellos; no pueden seguir las palabras que fluyen de su boca. Los logros suponen cierta aptitud al automatismo, una gran sinceridad y una evidente buena voluntad. En el orden social, los individuos vectores de estos hechos toman apariencia de profetas y se convierten en símbolos. Durante las agitaciones humanas, el fuego siempre encuentra salida por ciertos seres que se han preparado involuntariamente. Tal es la envergadura de los poetas y de algunos hombres. Tal es la importancia del contenido inconsciente de los pueblos y de los individuos.

## Espejos

Los espejos, en el misterio de sus superficies bruñidas cual sólidas aguas en reposo, evocan cuestiones fundamentales: la identidad del yo y los caracteres de la realidad.

Ante el espejo, el animal no se cree delante de una imagen virtual y menos aún delante de su reflejo, sino que ve en él a un inesperado recién llegado que lo solicita para la lucha o el juego. La confianza animal con respecto a los sentidos no deja siquiera aflorar en su cerebro la hipótesis de una ilusión. El choque contra el cristal le sorprende y le lleva a una prudente reserva.

Espontáneamente, el niño hace lo mismo. Sin embargo, la particular construcción del hombre, la enseñanza de los adultos y la multiplicación de las experiencias le permiten superar los primeros extravíos. Gracias a las sólidas asociaciones que crea el hábito, la imagen proyectada es reconocida como nuestra. Sin embargo, tal asociación, esencial para el espíritu, es susceptible de alterarse. No hace falta buscar en la patología raros ejemplos. ¿Quién de nosotros, emocionado o fatigado, no se ha sobresaltado con espanto al percibir en un espejo sus facciones vueltas de pronto desconocidas, inquietantes o absurdas? Al ser la costumbre el único factor de nuestro reconocimiento, ciertas imágenes menos habituales engendran con más facilidad la turbación, y las imágenes de nuestras facciones son de este orden. Llegado joven a París, recuerdo mi perturbación ante el juego de espejos que encontraba en los grandes almacenes y en los hoteles. Aún hoy siento a veces cierta inquietud entre la combinación de espejos en el probador del sastre. Estas sensaciones muestran lo laborioso que es la toma de conciencia del yo y de qué manera está sometida a posibles regresiones.

Sobre esta primordial cuestión, ninguna ayuda podemos esperar de la enseñanza clásica, antes al contrario. La tradicional creencia en una alma eterna dentro de nuestro cuerpo precedero hizo concebir el yo como emanando de una realidad mental definitivamente establecida, antes incluso del nacimiento. La idea de una constitución progresiva del ser es relativamente reciente, e incluso el desarrollo físico o moral se ha seguido de forma separada sin percibir la totalidad de la evolución humana. Los espejos, al revelar nuestra persona a la conciencia, nos incitan a comprender las etapas de su construcción.

Teóricamente, el corte del cordón umbilical hace del niño un organismo independiente. En la práctica, la independencia es por mucho tiempo relativa y la unidad interior es muy frágil. Antes de poder hablarse de un «yo» orgánico, de un sistema verdaderamente autónomo y de una vida personal, hace falta que se desarrollen y se intrinquen los mecanismos reguladores de las funciones internas. No podemos decir que esa noción de unidad fisiológica constituya una interpretación arriesgada; lo prueban sobradamente la coherente y equilibrada actividad y los ritmos alternos de cada una de las partes de nuestra persona en rrelación al conjunto.

No obstante, este «yo» vivo apenas se conoce todavía. Se llama cenestesia a la percepción de los movimientos íntimos del cuerpo. Tal poder existe, aunque en circunstancias ordinarias la mayor parte de los fenómenos permanece inconsciente. A este respecto conviene recordar que si el inconsciente corresponde en parte al campo de la psicología, está constituido ante todo por las fuerzas en movimiento de nuestro organismo.

A medida que la cohesión corporal avanza, progresa el desarrollo mental. El artífice responsable de ello es la actividad de los cinco sentidos. Cada uno de ellos se fortalece y las sensaciones recibidas se asocian: las relaciones simultáneas a cada instante, y la lenta y sucesiva estratificación que permite la memoria, son las dos coordenadas del pensamiento. Los elementos psíquicos sirven en primer lugar para orientar el gesto y permiten la satisfacción de las necesidades.

Pronto, a través de miles de actos, el hombre se percibe como el pivote esencial de todas las experiencias. La confusa sensación de ser deviene clara conciencia cuando se traduce en representaciones. Mas éstas proceden de imágenes sensoriales y, por su finalidad, los sentidos están orientados hacia fuera, hacia la exploración del mundo exterior.

El hombre aplica torpemente esas armas al conocimiento de su persona. Ha de juntar las percepciones cenestésicas difusas del adentro con las percepciones sensoriales nítidas que le llegan del exterior. Así se construye todo un sistema de juicios, entendiendo por juicio una especie de juego dialéctico, de pesos entre dos fuerzas del mismo orden pero de dirección opuesta. Esta confrontación conduce a un resultado largo tiempo incierto: de buena gana el niño sitúa su pensamiento, su sueño fuera de él e inversamente dota al universo de aptitudes voluntarias y pasionales análogas a las suyas. Bien que mal, una especie de frontera se levanta entre el ser y el medio exterior. Igual que un sólido edificio, el conjunto de elementos psicológicos se dispone en función del yo orgánico.

Cada uno de los sentidos juega su particular papel en la conquista del conocimiento. El tacto pone límites al individuo y sitúa sus gestos en la certeza del espacio. El oído distingue entre los sonidos que nosotros emitimos, transmitidos por los huesos, y los sonidos procedentes del exterior a través del aire. Gracias a esta primera experiencia el niño asimila por mucho tiempo su pensamiento a una voz interior. El sentido de la vista que, como he insistido en otra parte, proporciona los elementos fundamentales de la conciencia, plantea problemas, entre los cuales vamos a encontrar el papel de los espejos.

Sin la ayuda de artificios, nosotros no percibimos más que un fragmento de nuestro cuerpo: los miembros y la parte anterior del tronco. Con esto basta para asegurarnos que nos parecemos a los demás hombres. Ello permite una orientación eficaz de los gestos.

Sin embargo, si queremos una representación completa de nuestra persona hemos de imaginarla a partir de las impresiones de los otros. De esta manera el niño concede un gran crédito a las afirmaciones del entorno que le informan sobre él mismo.

Muy pronto aprende lo frágil de estas informaciones y quiere informarse directamente. Ha de interrogar la sombra que proyecta en el suelo o, mejor aún, la imagen transmitida por el espejo.

Curioso espectáculo el del hombre ante el espejo. Por un lado, un «yo» vivo hecho de un núcleo orgánico caliente, tendido, movedizo en el que se sitúan las múltiples experiencias sensoriales registradas, un «yo» del que brevemente hemos anotado su desenvolvimiento, dispuesto a actuar, a sufrir, a alegrarse y que constituye su meta y su medida. Por otro lado, a igual distancia, visto desde un espacio virtual se encuentra un individuo que examinamos por fuera como podría hacerlo cualquiera. Para que lo reconozcamos hemos de retener sus signos distintivos en función del modelo medio de la raza.

Este individuo que sonrío cuando contraigo un músculo, que palidece cuando me encuentro mal y que lo veo en medio de los otros, la costumbre me asegura que él exterioriza mi «yo». Ato a él el conjunto coherente donde estoy e inversamente lo hago partícipe de mi vida. Con tal intercambio adquiero la conciencia de mi ser. Esta dualidad corresponde bastante exactamente a los elementos aislados por Freud, el «yo» y el «sí mismo». Entre los dos aspectos de la persona, cuya importancia respectiva varía, son posibles todas las reacciones. Aquí se inscriben la innumerable variedad de las psicologías individuales. Ya el «yo» domina con su espontaneidad al estar entonces el sistema representativo poco desarrollado, ya la imagen social exterior dirige la escena. Estas personas se ocupan de mirarse, inquietos siempre de su imagen. Sin duda alguna, la civilización que tiende a limitar la espontaneidad, aumenta el valor del «sí mismo». La importancia cuantitativa de esas dos partes del ser en nada prejuzga la actitud que una tomará respecto a la otra. El reflejo puede dominar pero ser penoso (se huye de los espejos) o amado (se multiplican las representaciones y las exhibiciones), cualesquiera que sean las particularidades de cada problema individual el trabajo de la conciencia consiste en resolver la «dualidad» del «yo» y del «sí mismo» y en buscar, más allá de ese conflicto, la unidad.

Los espejos que para la constitución psicológica tienen un papel tan importante pasan a ser simples ornamentos en nuestras casas. El alcance de ese gusto merece ser estudiado. En occidente, el uso de habitaciones decoradas totalmente por espejos lo encontramos a partir del siglo XVII. En el Versalles de Luis XIV, un hombre que se declara hecho a la imagen de Dios y que pretende tener de él una delegación de poder, soporta mal el límite de los muros. Éstos deben devolverle sus facciones que, además, los cortesanos imitan. Los jardines en los que la naturaleza ha sido rigurosamente recortada, contienen también espejos de agua donde se reflejan el hombre y su castillo. Este deseo de manifestar su poder, de mantenerlo incesantemente, es propio de todas las civilizaciones. También Roma durante el imperio conoció los palacios con muros pulimentados y reflexivos.

La moda de las habitaciones con espejos se expandió durante el siglo XVIII en los castillos de Alemania, Italia, España y Portugal al mismo tiempo que se extendía el gusto de poner estanques en los parques. Todo esto se daba junto a la fluorescencia del barroco. Pronto, el romanticismo transformó la necesidad de verse, de mirarse, en una voluntad sistemática de avanzar en la introspección. Se quería penetrar más allá de la imagen y llegar al centro del dolor y de los sueños. Desde entonces aparecieron los temas poéticos de atravesar los espejos.

Otras casas quisieron sacar provecho de la ornamentación con espejos, me refiero a los lugares de placer. Pero mientras los parques de atracciones piden a los espejos, ya sean o no deformantes, un efecto de sorpresa o de desorientación, muy distinto es el uso que se les da en los salones. Aunque hay clientes de paso que allí acuden para buscar una fácil satisfacción a sus necesidades más urgentes, los clientes habituales exigen la realización de escenas que despierten su imaginación. La representación visual unida más o menos a una verdadera exigencia psicológica posee un carácter obsesivo. En el espectáculo que se desarrolla, la verdadera personalidad de la mujer importa menos que el rol que consiente representar. Actúe o no, el cliente es ante todo un



espectador para el que el espejo es necesario. Dejando a parte la cuestión de las desviaciones, es cierto que el vicio corresponde a un grave conflicto entre el «yo» y el «sí mismo», sobrevalorando la imagen ante la necesidad.

Entre estos fenómenos hay uno particularmente importante que encontramos en el mito de Narciso, el viejo tema poético, y que recientemente es objeto de profundos estudios. Havelock Ellis ya había identificado en medicina un síndrome de autoerotismo basado en observaciones bastante excepcionales. Luego, a partir de esta idea, Freud hizo del narcisismo un estadio normal en el desarrollo del ser. Según él el hombre orienta su amor hacia dos objetos: él mismo y un individuo del sexo opuesto (la madre generalmente). Pero la cuestión aún se alargó hasta el punto de colocar en ese capítulo las diversas formas de egoísmo, incluido el instinto de conservación. A decir verdad, a partir del análisis de las preocupaciones sexuales se llegó a esta doble corriente que encontramos en todas partes: una centrípeta, que vuelve hacia dentro el individuo, lo personaliza, lo aísla y lo cristaliza, y la otra centrífuga, que tiende a disolver y a diluir el ser tanto propio como figurado. Es verdad que el narcisismo encuentra su lugar en este movimiento alterno pero ¿es ése el sentido de la tragedia griega?

Ciertamente, cualquier mito verdadero se presta a una infinidad de lecturas, e incluso ha podido hacerse una interpretación botánica del mismo sin caer en el ridículo. Lo que yo veo en la historia de Narciso es un apólogo moralizante. Me parece próximo de ciertos relatos asiáticos, en concreto de aquel que narra el hecho de coger el fruto prohibido en un jardín paradisíaco. Recordemos la aventura: Hijo de una ninfa, Narciso es un vigoroso adolescente; un horóscopo le predice una larga y feliz vida a condición de no verse a sí mismo. Se le ordena vivir espontáneamente como un hermoso animal. Pero tal felicidad no es aceptada. Las insinuaciones de la ninfa Eco —ese reflejo alejado del ser entre campos y bosques— son rechazadas. Entonces Némesis, la justiciera, la guardiana del equilibrio universal castiga al indiferente. Narciso ve su imagen en el agua y queda perdidamente enamorado de sí mismo. La

embriagadora flor que provoca el vértigo es evocada por el sopor en el que cae el joven. Desvanecido, se ahoga. ¿Se trata de un estéril autoerotismo, de una fuerza dispensada en vano, o estamos más bien ante el drama del pensamiento humano desviado de cualquier fin exterior y que deja captarse en el círculo vertiginoso de una gratuita intelectualidad que se imagina ser su objeto y su fin? La humanidad griega, que por encima de todo adora la vida con plenitud, mediante este relato amoroso estigmatiza no tanto la meditación sino un cierto repliegue peligroso del individuo sobre sí mismo. La reprobación alcanza a los adolescentes satisfechos, sustraídos a las necesidades de la lucha diaria, hastiados y que sólo se ocupan de contemplar amorosamente su persona. Yo leo en el mito de Narciso un proceso contra ciertos itinerarios intelectuales vanos, contra ciertas propensiones al auto-psicoanálisis.

Aunque gracias a la costumbre llegamos a reconocer nuestro reflejo en el espejo, no deja de ser cierto que la imagen es para nosotros un misterio difícil de explicar. ¿Quién es esta otra persona que aparece al mismo tiempo que nosotros? De buena gana hacemos de él un doble que cargaremos con todos los anhelos que la realidad nos niega. Deseamos ser eternos, ingrátidos, invulnerables, siempre vigilantes. El doble lo será por nosotros. Se convierte en una representación mejorada, idealizada del «sí mismo». Han sido necesarios siglos para que el hombre pudiera hacer suya la imagen que parecía exterior, para que pueda incorporarla a su persona.

En Egipto, se considera que el hombre se compone de cinco partes relativamente independientes: el cuerpo tangible y perecedero, el alma pájaro (soplo que después de la muerte regresa al conjunto de la vida colectiva), la imagen o ka o doble encerrada en el retrato y en la estatua, la sombra que sigue los contornos del cuerpo y que permanece atada a la momia, y el nombre que contiene lo esencial de la persona.

Cantidad de costumbres y creencias en las orillas del Mediterráneo prueban lo viva que está la realidad autónoma de la imagen. Aquí, prohibido dejarse fotografiar o pintar (precepto escrito en la ley coránica), allá, temor de que la

sombra no sea alcanzada por algún maleficio, por el paso de un extranjero. Se considera que el espejo en el que uno se ve contiene la imagen, si llega a romperse, sobreviene la muerte.

A decir verdad sólo el deseo de simplificación hace que asociemos sombra e imagen. Nunca su confusión se ha visto realizada totalmente. La sombra es una noción menos intelectual, es como un sino del cuerpo cuya materia se habría enrarecido pero que podría darse en la dirección inversa. (Reino de las sombras por Reino de los Muertos. Campos Elíseos – diversas apariciones– ectoplasmas espiritistas).

Por el contrario, la imagen contiene un elemento de conciencia. Para los Platónicos llega a ser una especie de modelo y de matriz para la creación.

El cristianismo ha intentado reducir estos distintos componentes del hombre a un conjunto formado por el cuerpo y el alma inmaterial. Le han quedado unas sobras antiguas (ángeles custodios, demonios, etc.). Pero se ha esforzado menos en describir y explicar, que en moralizar. Su objetivo era reemplazar la imagen individual por una representación válida para todos: la figura de Cristo contenida en cada uno y susceptible de ser un modelo colectivo.

Todos esos sistemas que han elaborado los hombres no tienen únicamente un interés histórico; su multiplicidad prueba que el conflicto entre el «yo» y el «sí mismo» ha sufrido durante los años numerosas transformaciones. Por tanto, las oposiciones, los actuales antagonismos, las contradicciones interiores no tienen ningún carácter definitivo.

Dotar al doble de autonomía y de extraordinarias virtudes volvía imperioso el deseo de manifestarlo. Desde el origen se busca seguir los contornos de la sombra, captar el reflejo, representar cosas y gentes. Así nacieron conjuntamente el arte y la magia. El acto mágico supone la substitución de la persona por su simulacro. Su finalidad consiste en hacer aguantar a éste lo que aquella no aguantaría. Los obstáculos debidos al alejamiento en el tiempo o en el espacio, debidos a la sociedad se desvanecen desde que se domina la representación cualificada, es decir, consagrada y se puede actuar sobre ella. Además, la ambición del mago consiste en descubrir el nombre

y la imagen de las fuerzas naturales cuya presencia en el universo le parece evidente (Dioses o semidioses de los ríos, de los campos y del cielo), pero que los sentidos no alcanzan. No hay en ello ninguna curiosidad superflua, sólo la esperanza de una fuerza humana acrecentada. El principio sigue siendo el mismo: dominar la representación y actuar sobre ella para comprender los fenómenos.

Ya que el espejo es susceptible de proporcionar la imagen de las cosas que vemos, debe ser igualmente capaz de dar la imagen de las entidades ordinariamente invisibles.

Para obtener esas excepcionales representaciones, se piensa que son necesarios ritos y precauciones. Entonces se construyen distintos espejos, empleando metales escogidos con esmero por sus peculiares virtudes. Se trabaja en horas astrológicamente propicias, se ejecutan ceremonias durante las cuales son evocados los espíritus de los muertos y de los ausentes y las potencias del mundo superiores amigas u hostiles. Las experiencias de las videntes que en nuestros días interrogan la bola de cristal corresponden a lo que aún queda de estas prácticas antiguas. Sin duda, los resultados obtenidos en tales circunstancias tienden a una exteriorización del contenido del inconsciente, Esta explicación moderna, aunque debe admitirse en exclusión de cualquier otra, arroja luz sobre el mecanismo de los hechos. Sin embargo hemos de confesar que el misterio permanece, puesto que al extender indefinidamente el poder del inconsciente no hacemos sino reular el problema. En estas preocupaciones mágicas, ya sean oficiales y entonces se les llama religiosas, ya sean privadas y más o menos ocultas, es solicitada la habilidad del artista. Se le pide a este hombre, a parte de cualquier otra consideración decorativa o estética, que sea el fiel espejo que conserva la imagen. El practicante ha de representar a los seres y a las cosas que de esta manera escapan a la amenaza del tiempo. Conviene trazar estas figuras con el máximo de carácter. asociándolas a los emblemas y a los símbolos. Al reemplazar a los evocadores espejos, los pintores han de ser capaces de volver sensibles a la multitud los rasgos de los personajes míticos, o de los dioses. Han de seguir las indicaciones del ritual y de la tradición. Con esta

reserva, pueden interrogar su imaginación. La libertad es débil y sólo se admite un margen de variedad y de deformación exigida por la óptica, el gusto y la sensibilidad personal de cada artista.

El arte, desembarazado de esas preocupaciones, vuelto profano, es liberado. Sin embargo el artista continúa mirando su representación como participando de la realidad, como siendo una parte de la realidad que ha podido ser sustraída. Al dedicar su vida a hacer simulacros, cree en el valor de estos.

Por lo demás, el público conserva con fuerza la antigua noción de utilidad mágica del arte. Sucesivas oleadas de iconoclastas se han lanzado por todo el mundo, en Bizancio, en Roma con los adeptos de Savonarola, los Reformadores, pero nada han logrado. Los primeros cristianos se burlaban de los cultos paganos por los ídolos que contenían, pero pocos años después sus basílicas estaban llenas de ellos. La costumbre de reconocerse en su imagen personal hace que el hombre crea espontáneamente en el valor de todas las representaciones. La gran novedad moderna estriba en que, gracias a los procesos mecánicos que han permitido la representación automática de las cosas, el artista se encuentra despojado de la necesidad social de ser una especie de espejo común. Puede solamente evocar su emoción, reproducir imágenes que sólo existen en su cabeza: visiones del sueño por ejemplo. El abandono del objeto, la despreocupación del parecido son considerados por el público con incomprensión y terror. Parece traicionada la habitual misión del arte. Pero aún hay más, ante estos esfuerzos contemporáneos, el espectador, que considera por tradición al artista como encargado de evocar el mundo, describirlo y volverlo sensible, teme que los nuevos espejos vivientes no vayan a descubrirle un universo distinto de aquel en el que los sistemas clásicos del pensamiento lo encierran. Tiene miedo de testimonios que lo pondrían todo en cuestión.

Al ser el espejo el arma principal de la toma de conciencia del «yo», como he mostrado, provoca, por eso mismo, nuestra inquietud acerca de los verdaderos caracteres de la realidad. En efecto, los fenómenos de reflexión sobre las superficies bruñidas constituyen el primer ejemplo de una ilusión, es decir

de un caso en el que los sentidos han sido descubiertos bajo un flagrante delito de error, de donde puede nacer la duda.

Al darnos un reflejo exterior de nuestra persona, inalcanzable y además invertido, el espejo nos engaña, cuando nosotros nos sentimos en ese personaje.

Por eso, cuando se trata de algo seguro o dudoso, real o no, el hombre pensará en el espejo, este creador de conciencia y de ilusión a la vez. Siento no poder analizar aquí la singular analogía que tradicionalmente representa la verdad con la imagen de una mujer desnuda saliendo de un pozo y con un espejo en la mano. Propongo que ese espejo se lo dé a sostener a un hombre que no sabría servirse de él, tendríamos entonces el símbolo exacto del filósofo.

Después que los místicos, magos y artistas, al sobreestimar el valor de la imagen hubieran proporcionado un doble a cada ser, los filósofos han insistido sobre el carácter virtual e inmaterial de los reflejos. Tenían así la posibilidad de construirse con poco coste un reino en el que nada importaba y donde sólo era admitida la contemplación descriptiva. Al argüir sobre la dualidad de la cosa y de su imagen, dualidad sin embargo grosera, han construido dos universos de los cuales uno sería la apariencia del otro.

Ora sólo los objetos tangibles están dotados de existencia y nuestras representaciones mentales son vistas como puros reflejos sin realidad alguna, simples superestructuras hechas de humo, ora, por el contrario, el mundo exterior es negado en provecho de los materiales psicológicos hasta llegar a decir, llevados por la lógica, que el universo experimental y perceptible no es más que un reflejo momentáneo de los grandiosos y definitivos pensamientos de un cerebro central divino. En todas estas ya simples o complicadas tesis que constituyen el conjunto del monumento filosófico, encontramos el problema fundamental del espejo y las insuficientes conclusiones que de su uso se desprende. En estos sistemas vemos reaparecer el trascendente conflicto entre el «yo» y el «sí mismo» que por todos los medios intenta resolverse.

Escasa importancia tendrían estos debates sino fuera porque contribuyen a través de engañosos razonamientos a acentuar una realidad en el hombre y en el mundo que es sólo aparente. Son peligrosos porque en general acaban por arruinar la esperanza. En efecto, el país de lo maravilloso se halla situado siempre al otro lado del espejo, relegado a un espacio virtual. Afirmando que ya es tiempo de acabar con la intolerable explotación que se ha hecho de los fenómenos de la reflexión óptica. Urge proclamar que el Misterio y lo Maravilloso no están fuera sino dentro de las cosas y de los seres, transformándose a cada instante unos y otros unidos como están por continuos vínculos.

Detrás de la superficie plana del lago no hay álbamos ilusorios sino la vida intensa de las aguas. Detrás del espejo hay el metal con sus propiedades. Y si es posible comparar nuestro espíritu con este espejo, el alínde está constituido por la roja colada del deseo. En cualquier caso, en este extraño aparejo la alteración de las imágenes, lejos de ser gratuita, señala la primera fase de la transformación del universo.

## El ojo del pintor

La noche del 27 de agosto de 1938 se anunciaba bien banal. El calor bochornoso del día continuaba pesando abrumador en el fondo de las estrechas calles del barrio Saint-Germain-des-Prés. Allí se encontraban, siguiendo la costumbre cotidiana, varios de nuestros amigos, reunidos para el aperitivo. Cenaron juntos y para acabar la velada subieron al taller de D... A pesar de los intentos de bailar al son del fonógrafo, el tiempo pasaba despacio en un ambiente apagado. Hacia medianoche, cuando se separaban, se produjo el incidente.

Misteriosa es la eclosión brutal de un drama entre gente que se conoce de mucho tiempo, cuyas relaciones parecen estar definitivamente establecidas. Sin embargo, estos equilibrios son inestables, de repente surge una pelea imprevisible; nadie, ni en ese momento ni más tarde, puede esclarecer los motivos reales. Tras la frágil corteza de la conciencia, las pasiones ignoradas han proseguido su obra erosiva y preparan erupciones y rupturas. Las exaltaciones transitorias no son causas verdaderas, sino simples circunstancias auxiliares. Ante estos fenómenos desconcertantes, parecidos a los cataclismos cósmicos, entendemos que antaño los hombres creyeran en la intervención de un demonio de la perversidad y en la maliciosa inteligencia de lo sobrenatural.

Aquella noche surgió una escena rápida de este tipo. D... se enfurece violentamente con uno de sus camaradas. De las amenazas, pasa a los actos. Los asistentes inquietos se interponen. Los separan para impedir un deplorable combate. Víctor Brauner retiene al



agredido. Pero D... en la cúspide de su frenesí logra liberarse un brazo, coge el primer proyectil a su alcance, un vaso, y lo lanza. Brauner se desploma ensangrentado, con el ojo izquierdo colgando.

Un espectador sale herido de una riña, por un golpe que no estaba destinado a él; este es el suceso banal que se cita frecuentemente para defender tesis opuestas. Algunos, negando con la cabeza, expresando la sumisión de su naturaleza, concluyen que el destino tiene que estar escrito y ser ineluctable para que escape así a las previsiones lógicas. Para otros, estos accidentes son la negación del destino, pues el curso de los acontecimientos parece haber cambiado por una circunstancia fortuita. Dejemos aquí estas conclusiones de cafetería y estos relatos de hechos insuficientemente observados. Examinemos de más cerca el caso de Brauner. Nadie negará que represente un ejemplo del azar puro. No interviene la responsabilidad de la víctima y en la carga del agresor no puede verse ninguna intención precisa, siendo la torpeza la única causante del mal.

Si analizamos el mecanismo de la herida, el azar parecerá aún más extraordinario. Si Brauner hubiera sido el objetivo, las consecuencias habrían sido para él menos enojosas: habría recibido el choque frontalmente, habría visto sin duda el gesto y se habría protegido; y el vidrio al romperse quizá habría dañado el ojo, pero desde luego no se lo habría arrancado. Para que el globo ocular fuera extirpado, un fragmento importante debió penetrar la órbita de perfil, siguiendo una incidencia precisa. El ángulo de caída del proyectil apenas podía variar de unos grados.

Cualquiera que haya observado numerosos accidentes permanece asombrado por el rigor despiadado que preside en la concatenación de detalles, en apariencia insignificantes. Los proyectiles, en sus trayectos parecen dotados de una perversa ingeniosidad. Se abren caminos que una mano sagaz no podría alcanzar ni tras mil tanteos.

Se trata de circunstancias excepcionales, de hechos banales, de encuentros cotidianos, ineluctables; la sucesión de los fenómenos está regida por una precisión matemática que supera la que realizan las máquinas más exactas de la técnica moderna. Nuestra sorpresa es debida a que entendemos el ámbito de los seres vivos como sometido al reino de lo inexacto y a adaptaciones plásticas aproximadas. A partir de nuestros conocimientos demasiado imprecisos, nos decantamos equivocadamente por la imprecisión del determinismo.



Fig. I

Sea como sea, superadas millones de posibilidades contrarias, que no son más que hipótesis de nuestra mente, se crea el hecho: Brauner pierde el ojo.

La tesis oficial del juego de azar exigiría, para ser adoptada, que nada anterior podía hacer prever el accidente. Al contrario, vamos a demostrar que toda la vida de Brauner convergía hacia esta mutilación. En ella se encuentra la clave de la psicología de este hombre; en ella reside la solución que esclarece la actividad anterior de pintor. Vemos aquí reproducidos algunos cuadros que he escogido entre una gran cantidad de pinturas y dibujos no menos significativos. El retrato (I) data de 1931. En un cuadro de la misma época (II), constatamos que el hombre que se resguarda bajo la sombrilla está tuerto. Una tela (III) bastante misteriosa, adornada con caracteres que recuerdan a los de los antiguos hermetistas, representa un personaje masculino con una varilla que soporta una D pinchada en el ojo. Esta letra resulta ser la inicial del que causó el accidente.



Fig. II

Así, durante más de ocho años, decenas, o quizá centenas, de figuraciones anuncian que un ojo debe ser destruido. Esta abundante y legible documentación no necesita ingenio en su interpretación. Los hechos se explican por una persistente premonición o acaso el pintor ha sido víctima de una suerte de hechizo. Quizá las formas mutiladas han puesto en marcha unas fuerzas mágicas y han creado un clima psíquico del que el accidente debía ser el término ineluctable. Las dos tesis no son opuestas, ya que, suponiendo que una acción mágica de cierta índole sea posible, habría que explicar por qué se ha dado la elección selectiva de esta mutilación. Esta revela, sin lugar a dudas, una obsesión profunda y antigua. Esta persistente obstinación

nos obliga a buscar en el pasado de Brauner si un choque psíquico grave en un momento dado no ha cargado al ojo de un complejo particular. Descubrimos efectivamente que, durante su adolescencia en Rumanía, nuestro amigo se vio afectado por el relato de un escándalo mundano: un joven de la «alta» sociedad había aplastado los dos ojos de una mujer rica y mayor que le cuidaba y que en el momento del atentado se libraba a roces particulares. Esta información, aunque no es desdeñable, no nos esclarece demasiado.



Fig. III

Esto ocurre a menudo cuando se trata de explicar la génesis de las obsesiones por un choque mental antiguo no asimilado. Brauner vio muchas otras escenas turbadoras durante la guerra, durante los episodios revolucionarios; escuchó y leyó repetidas veces relatos dramáticos. ¿Por qué el incidente aquí contado, del que no fue espectador, le habría dejado una marca tan viva si el inconsciente, ya preocupado, no se hubiera encargado de retener todo lo concerniente a la herida de los ojos?

Remontando aún más en el tiempo, es posible que encontráramos algunas impresiones de la primera infancia: una curiosidad visual descubierta por la familia y seguida de amenazas, el miedo a que el ojo caiga si ve ciertos espectáculos. Un complejo de autocastigo

pudo constituirse de este modo; algunos relatos religiosos pueden no ser ajenos a su formación. El Dios mosaico, símbolo del padre fulminante suele concebirse como un ojo que lo ve todo; el niño, queriendo escapar a dicho control pudo querer suprimirlo. Otras hipótesis más simples no pueden descartarse a priori, mencionaré de paso el recuerdo de aquellos vasos de noche en cuyo fondo hay dibujado un ojo central hacia el cual es tentador apuntar. Mis conversaciones con Brauner no me revelaron nada demostrativo. Reconozco la insuficiencia de la entrevista que no fue un psicoanálisis prolongado. No era ese mi propósito; me interesaba más el papel desempeñado por la obsesión insistente de una mutilación ocular en el desarrollo psíquico de Brauner y la transformación del temor en hecho material consumado.

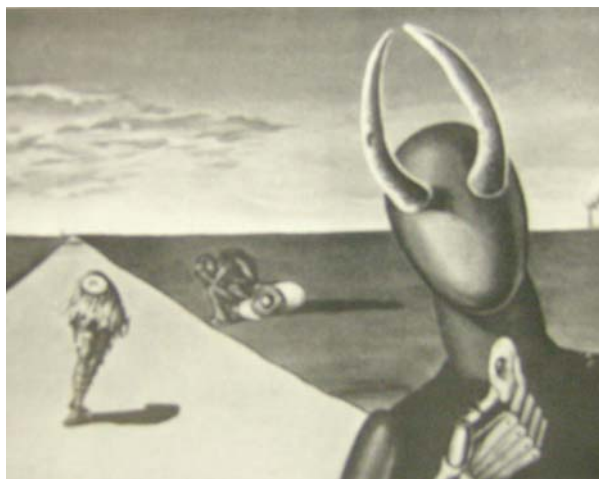


Fig. IV

Si las telas de 1931-1932 hacen aparecer la necesidad de reventar el ojo, las obras posteriores manifiestan, a este respecto, una evolución; los ojos son sustituidos por cuernos levantados, como vemos en la pintura (IV) de 1937. El extraño personaje medio humano medio animal, tiende a constituir una suerte de mito alrededor del cual se centra la actividad intelectual y sensible del artista.

Sin duda alguna, el ojo, en el rostro, es una parte de naturaleza femenina. Las tradiciones más antiguas de la astrología y de la morfología, así como numerosos aforismos populares, lo demuestran. El hecho es tan patente que el sexo femenino ha sido algunas veces representado como un ojo.



Fig. V

Un dibujo (V) de Brauner, realizado en 1927, y publicado en 1928, muestra claramente que dicho valor simbólico no le era ajeno al artista.

La obsesión que, al principio, tendía a la destrucción simple del ojo, se complica de año en año. El equivalente del órgano sexual femenino debe ser sustituido por un atributo masculino —el cuerno— signo de erección, de potencia, de autoridad e incluso de brutalidad animal. El hombre, así transformado, se habrá convertido en supermacho. Este tipo de deseos son bastante frecuentes hoy en día:

el gusto por los toros y por los minotauros aparece en las obras de Picasso y de Masson, por solo citar algunos, en las que reinan los recuerdos de Nietzsche, de Lautréamont y de Jarry.

Los movimientos sociales que se oponen a nuestra época manifiestan la voluntad de las nuevas generaciones de acceder a una supermasculinidad heroica. Sin embargo, la originalidad de la figura mítica de Brauner proviene menos de la presencia de los cuernos que su valor de sustitución de los ojos.

La preocupación de alcanzar, por el sacrificio de una mutilación grave, un grado más alto de energía se ha visto, en nuestro amigo, completamente colmado. El hombre que yo conocía antes del accidente era inseguro, tímido, pesimista y desmoralizado por su última estancia en Rumanía; ahora se ha liberado, afirma sus ideas con claridad y autoridad, trabaja con un vigor renovado y consigue en mayor medida sus objetivos.

\*\*\*

El valor simbólico freudiano no debe hacer olvidar el sentido inmediato de los objetos: el ojo, bien que posea una significación femenina en el rostro y pueda incluso asimilarse al sexo de la mujer, ante todo es un órgano de visión. Además, el drama le ha ocurrido a un pintor. En la psicología de este, el órgano se toma por la función, significa la vista. Por «ojo», la mente entiende los contactos sensoriales directos que informan sobre los aspectos comunes de la realidad, sobre los contornos habituales de las cosas y los seres. Aquí es donde aparece la inquietud interior de Brauner. Como pintor, las formas y los colores provocan su emoción y constituyen su lenguaje; como militante durante muchos años por la revolución social, el mundo real inmediato es el medio en el ha luchado. Sin embargo su persona profunda aspira a una representación más amplia y más completa de la realidad.

Vivió su infancia al lado de un padre que se libraba a experiencias de espiritismo y a ensayos empíricos de magia. Alrededor suyo, las mesas giraban, los muebles crujían, se interpretaban sus respuestas. El médium practicaba levitaciones, sólo empezaba a ver cuando cerraba los ojos y a hablar en el instante en que el sueño magnético

intervenía. El adolescente al hacerse hombre juzgó severamente estas experiencias y su falta de rigor; no obstante su inconsciente conservó el recuerdo de las extrañas atmósferas en las que pasó sus primeros años. Habiendo él mismo participado en algunas escenas de médium en el pasado, siente confusamente los misteriosos pasillos que llevan a las caras oscuras del espíritu y que conducen más allá de la apariencia de los objetos. Brauner, habiendo llegado a una conciencia más clara, busca en el surrealismo los medios para continuar la indispensable exploración. Su obsesión traduce la voluntad de elegir entre la realidad ordinaria sobre la cual informa el ojo y el mundo que abre la imaginación y que parecen conocer las facultades inconscientes. Suprimir el ojo es una solución simplificada al extremo, pero ¿acaso no es el mismo deseo que expresa Matta cuando habla de «matar la óptica», no es concretizar la inquietud de todos los jóvenes pintores de hoy en día obsesionados por las promesas surrealistas? El cuadro VI expresa la voluntad de atravesar el techo opaco que limita nuestro conocimiento. El dibujo VII sugiere cómo los cuernos servirán para romper el espejo y para penetrar más allá de la superficie en la cual el ojo se detiene desesperado.

Sean cuales sean los caminos que tomemos para delimitar la psicología anterior de Brauner, siempre aparece la mutilación como la culminación normal, como el fin ineluctable y lógico. Es imposible ver en el accidente una «coincidencia»; este término tan cómodo sólo significa, por parte de los que lo utilizan, optar por no intentar comprender la concatenación de los fenómenos, muestra la abdicación definitiva de esas personas, expresa el deseo reaccionario de limitarse a una explicación obsoleta del mundo. Fenómenos como los que aquí se han expuesto invitan, al contrario, a transformar lo más rápidamente posible las opiniones clásicas respecto a las relaciones entre el hombre y el medio. La actual tragedia social firma el fracaso de tales concepciones y los hechos de nuestra vida personal muestran su insuficiencia y, por lo tanto, su error. Las barreras, que para nuestra inteligencia separan las partes del espacio como dividen el tiempo, dejan patente su carácter artificial; deben ser derribadas. Este es el sentido de nuestra acción revolucionaria.

Pero antes de nada, las nociones de azar y accidente deben ser



extirpadas de nuestra mente. Ningún alumno de las facultades se sorprende cuando saca de una función matemática un poco compleja un conjunto de curvas que presentan puntos singulares de confluencia, de inflexión y de intersección. Pues el ser vivo, desde el primer momento, en el que no es gran cosa, hasta su fin cuando ya está muy reducido, expresa una sola fórmula, representa la misma función, cambiando solo de valor los coeficientes y las variables. Los acontecimientos vistos como accidentes corresponden a los puntos característicos de la curva y están estrechamente vinculados al conjunto de esta. En cuanto a la división del espacio en una zona interior propia al objeto y una zona exterior denominada ambiente, en cuanto a la separación del tiempo en Presente, Pasado y Futuro, se trata de compartimentos estancos que las vías ordinarias de la filosofía clásica no permiten atravesar.

El error es haber dado un valor trascendente a una clasificación sacada sólo de la experiencia y por lo tanto que sólo puede comprobarse con las condiciones de esta experiencia. Se han elevado al nivel de categorías abstractas, innatas, fundamentales, lo que en fin de cuentas no son más que apariencias proporcionadas por un cierto punto de vista.

Esto no tendría tanta importancia si la mente no estuviera impedida en su desarrollo por los conceptos que se ha forjado. Pero busca soluciones misteriosas e improbables mientras que bastaría rechazar el enunciado actual de los problemas.

El impedimento cede, en efecto, desde el momento en que no nos dejamos encerrar en la representación sensorial inmediata del mundo, desde que sobrepasando la concepción estática de las cosas, hacemos intervenir los movimientos y la transformación de las energías, desde que nos elevamos más allá de las dimensiones euclidianas visuales. Estos modos de pensamiento ya los utilizan las ciencias abstractas, pero la timidez, la inercia temerosa nos impiden ponerlas al servicio del conocimiento de la vida humana cotidiana. Está claro que psicología, filosofía y moral se estancan respecto a las conquistas de la ciencia; la voluntad retrógrada de mantener las cosas del hombre en los límites de un cartesianismo anticuado es una de las razones profundas del drama contemporáneo.

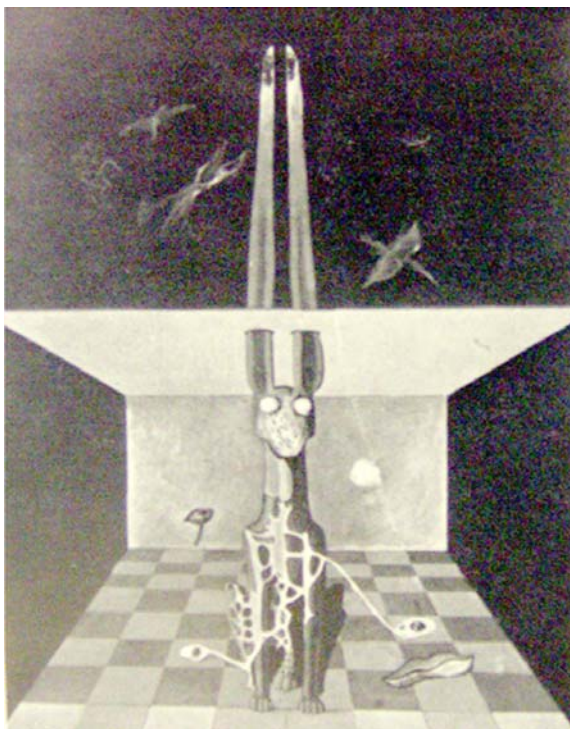


Fig. VI

Para que un conocimiento nuevo, más vasto, pudiera establecerse, es indispensable que se aporten un número lo bastante grande de hechos suficientemente desconcertantes. El inmenso mérito del surrealismo es haber permitido esta documentación. Acontecimientos extraordinarios, poderes asombrosos; era preciso mostrar la frecuencia, declarar su carácter común a todos los hombres, para que estos quisieran observarlos en vez de apartar la vista con terror. Era preciso favorecerlos en vez de impedirlos, por la censura voluntaria de una conciencia lógica limitada. Debía crearse un cierto clima psicológico. Por otra parte, las explicaciones místicas, fruto de la pereza, del miedo, de la avidez de algunos, debían ser eliminadas. Los sueños, el dictado automático del inconsciente, la explotación

de los azares objetivos proporcionaron numerosos testimonios. Del lado de la expresión pictórica, fue preciso convencer a los pintores de la posibilidad de dejarse llevar por sus impulsos incontrolados. Una vez levantadas las disciplinas de la representación objetiva, de la composición ordenada, aparecieron las figuras extrañas. Entre las obras así realizadas, la de Brauner toma hoy un lugar importante.



Fig. VII

La crítica, que permanece fiel al baremo clásico de los valores artísticos, siguió bien que mal la evolución moderna hasta cierto punto, hasta el verso libre en poesía, hasta el cubismo y el arte abstracto en pintura. Más allá de este umbral, se produce el divorcio. Para limitarnos aquí al ámbito de la expresión pictórica, digamos que las deformaciones obtenidas espontáneamente se concibieron como teniendo el único objetivo de sorprender, de desconcertar a cualquier precio, en una palabra, de «provocar» a los espectadores. Cualquiera

que mirara las obras reproducidas en estas páginas sin leer el texto podría tener la impresión de estar ante exageraciones gratuitas, dictadas por el deseo de sorprender.

Acabamos de ver, al contrario, que ninguna deformación, ninguna rareza aparente es inútil; cada detalle, ahora que los años han pasado, resulta ser de rigurosa necesidad. Pocos dramas interiores se habrán expresado con tanta precisión como el de Brauner. El dictado inconsciente es más denso y más condensado que los relatos minuciosamente estudiados, compuestos con arte, a los que estábamos acostumbrados.

Fijémonos que, del mismo modo que a André Breton no le gustaba, en el momento en que lo escribió, su poema la Nuit de Tournesol, del cual comprendió más tarde su valor profético, Brauner también se lamentaba del poco interés pictórico de telas que llegaron a ser, sin embargo, las más significativas. Esta observación no es una simple curiosidad que baste anotar de paso. Estamos tratando uno de los problemas más importantes de estos momentos. Se ha producido una separación entre la obra mensajera del inconsciente, que presagia el porvenir personal o social y la obra de arte tal como se concibe según la tradición al pensar en «obra maestra». Asistimos al divorcio entre las inspiraciones profundas y la conciencia educada con sus juicios. Los deseos vitales, más o menos admitidos, luchan contra las diversas técnicas, materiales e intelectuales, que nos someten. El conflicto alcanza tal intensidad que percibo la necesidad ineluctable de una revolución completa, a todos los niveles de la actividad humana.

Las etapas de esta transformación pueden preverse: a causa del sufrimiento y las tribulaciones sufridas en común, la inquietud personal convergerá hacia una esperanza colectiva. El mensaje individual tomará entonces una importancia cada vez mayor para la vida de todos. Se producirá una mutación en las conciencias que liquidará el antiguo vocabulario de las palabras y de las formas, suprimirá la «antigualla poética», y transgredirá las costumbres de la sensibilidad. Poco a poco, poetas y pintores, cuyo destino es revelar a los hombres el mundo que contienen y hacen, sin ser conscientes, adquirirán técnicas susceptibles de facilitar la comunicación de sus descubrimientos. Esto marcará el principio de un nuevo ciclo humano.

Desde ahora, pido que se deje de considerar las obras de las que

se ha hablado aquí como curiosidades y extrañezas dignas de retener la atención únicamente por su carácter excepcional. El difícil combate que libramos en nosotros, que se ha traducido en el caso de Brauner por una mutilación a la que de alguna manera se había preparado, no constituye una serie de ejercicios acrobáticos destinados a distraer a unos cuantos esnobs ni a unos cuantos esteticistas aficionados sustraídos por un momento de su aburrimiento sórdido. Exploramos a nuestro cargo, asumiendo todos los riesgos, la verdadera realidad humana para adquirir una mejor conciencia y un conocimiento más extenso. Hemos suprimido las trampas de las seguridades místicas y religiosas; no pretendemos hacer un espectáculo pintoresco, sino estar en la vanguardia de la revolución necesaria. Hubo un momento en el siglo XVIII en el que la era de los herbarios y de las colecciones reunidas por amateurs mundanos apasionados por las novedades cedió el paso a una ciencia seria, difícil y exigente. Ha llegado la hora de este cambio de perspectiva en lo referente al hombre. Obsoletos están la novela, la anécdota, el excepcional revestimiento de sus atavíos de misterio capaz de provocar estremecimientos superficiales; se terminó la edad de los amateurs, de los excéntricos, de los místicos. Considerando fenómenos tan importantes como los que hemos expuesto más arriba lo que se construye es una nueva conciencia del universo y de la humanidad.

## Del nuevo mundo

En medio de la oposición de las actividades individuales especializadas, en medio de los conflictos que desgarran a las colectividades hostiles, en medio de las pasiones contrarias que, todas ellas, encuentran sus pretextos racionales, el filósofo procura extraer de la realidad compleja un esquema comprensible, especie de diseño donde se trazan en rojo las líneas de fuerzas fundamentales.

La multiplicidad de sistemas confiere a éstos carácter de frivolidad. Menos parecen planos de una geometría rigurosa que pinturas impresionistas cuyas formas y colores varían con la iluminación cambiante del sol.

Sin embargo, si se examinan atentamente los bosquejos elaborados por los filósofos en el curso de los siglos, desentendiéndose de los vocabularios particulares adecuados para mantener la confusión, se advierte que dicha multiplicidad es más aparente que real. Las diversas interpretaciones se reducen al fin y al cabo a algunas reacciones fundamentales del ser con respecto al universo. Anoto dos actitudes principales; una de ellas lo tiene por indeterminado mientras que la otra lo ve sometido al determinismo.

La primera tesis es clásica. Enseña que el mundo consiste en una yuxtaposición de partes heterogéneas con estructuras y funciones diferentes. Es un caos de impulsos y de depresiones, de explosiones y de fracturas. Se percibe un encadenamiento calculable para algunos fenómenos perfectamente circunscritos, situados en condiciones precisas. Su estudio no conduce sino a un conocimiento

fragmentario. Emergiendo de este universo material, el hombre, por su inteligencia única, trata de aplicar las formas geométricas nacidas de su cerebro, de atribuirle leyes semejantes a las de la mecánica, fruto del esfuerzo social, en suma a establecer un orden lógico allí donde no existen sino incoherencias, casualidades y conflictos.

He aquí que de poco tiempo a esta parte los altos dignatarios de la Ciencia, físicos de renombre universal, después de haber llevado a cabo en su esfera la revolución de todos conocida y a la que se debe que la física de hoy no se parezca nada a la que nos enseñaron en nuestra adolescencia, los sabios, digo, parecen poner el peso de su autoridad al servicio de este concepto de la indeterminación específica del mundo. Las que se tenían por leyes de la materia son, de prestarles crédito, simples expresiones de probabilidades, establecidas a base de estadísticas y valederas dentro de límites precisos. No existen ni causas ni efectos, sino concatenaciones, concomitancias, desarrollos en el seno de un sistema y de un medio definidos. La indeterminación constituye la modalidad de los corpúsculos en el estado sutil donde se manifiesta la energía, es decir, en el estado de la materia naciente.

El hombre que quiere someter el universo a las leyes de su pensamiento es, también él, indeterminable. La curva de su evolución puede modificarse en el momento menos pensado por la agresión exterior, la potencia de su voluntad, el drama de sus pasiones, la ruptura de su tensión interna.

Se supone que los fenómenos sociales se hallan sometidos a casualidades favorables o desfavorables. Sólo de una sociología analítica pueden sacarse ciertas probabilidades de carácter general. El curso de los acontecimientos constituye el objeto de una lucha incesante cuyos inciertos resultados dependen de las contingencias, de los factores emocionales, de la actuación de los héroes. ¿Sabe alguien lo que hubiera ocurrido de haber sido más larga la nariz de Cleopatra, si Napoleón hubiera muerto en el puente de Arcole, si la revolución rusa no hubiera contado con un

Stalin? Así, el error de un general, la traición de un centinela, el retraso de un barco abastecedor, un nuevo descubrimiento pueden modificar en cualquier instante el curso de la Historia. Los hombres crean en todo tiempo las condiciones de su determinismo ulterior, el cual puede a su vez transformarse.

Esta tesis se apoya en la observación de los instantes críticos. Dentro de la naturaleza, dichos instantes están representados por las tormentas, tempestades, erupciones y otros cambios de estado de la materia, que parece interrumpir el orden acostumbrado y volver a introducir el juego de la *casualidad*. Tales trastornos resultan más perceptibles aún en el campo de la psicología. En ciertos momentos singularmente emocionantes, el ser tiene la sensación de que elude la concatenación monótona de la vida y se adueña de su propio destino. Desgarrado por sentimientos encontrados tiene la noción clara de elegir libremente su ruta, de optar con plena libertad entre varios «posibles», de aportar su adhesión o su rebeldía.

La creencia en la indeterminación tiene sus aspectos lisonjeros, permite esperar imprevisibles transformaciones del mundo, contar con los milagros. Mas tiene también aspectos sombríos: la libertad engendra la responsabilidad personal y colectiva, conduce a una gran tirantez del alma, al drama interior. La angustia y la esperanza se dividen el corazón del hombre que se tiene en pie, solo, en un horizonte que, por muy familiar que pueda a veces parecerle, permanece fundamentalmente ajeno para él, incomprensible y cargado de incertidumbre.

Al traducirse en formas religiosas, el indeterminismo se expresa por el panteísmo que ve en el universo el altercado sin fin de algunas divinidades adversas. Los hombres pueden y deben aportar a esta porfía el refuerzo de sus actividades libres.

El panteísmo puede, cuando se simplifica, reducirse a la oposición de dos potencias: la del bien y la del mal; la de Dios y la del Diablo. No obstante el esfuerzo de alguno de



sus filósofos para instaurar el monoteísmo real, no hay duda de que el cristianismo ha conservado un carácter dualista durante todo el curso de su desarrollo histórico. La esperanza de cambiar en cualquier oportunidad la evolución de los sucesos autoriza al creyente a pedir a Dios la Revelación de lo que debe hacer. ¿Cómo, no siendo asistido por la Voz, podría sin espanto hacer uso de su libertad? Tienen, él o los sacerdotes sus sustitutos, que interrogar a Dios y conocer sus mandatos. El jefe, más aún que sus súbditos, dada la gravedad de sus responsabilidades, ha de hallarse en contacto permanente con lo divino. A partir de aquí se inicia toda una estrategia compuesta de preces y de rezos, de lazos de gratitud y de fidelidad, de sacrificios propiciatorios o de acciones de gracias, operaciones que se realizan bien directamente bien por medio de una clerecía. En este mundo angustiado, neurótico, zarandeado entre el temor y la esperanza, mundo indeterminado, se instituye un ritual para granjearse la beneficencia del más allá y orillar el peligro de agresión de las potencias malignas.

El indeterminismo laico, toda vez que rechaza las superestructuras metafísicas, desemboca en el culto del esfuerzo individual o en el de la acción colectiva. El sentido de dicho esfuerzo es imponer al mundo caótico la ley humana, el orden y el destino concebidos por nuestro deseo y frutos de nuestra voluntad. Guía de la libertad es, en este caso, la experiencia; el Éxito constituye al mismo tiempo el barómetro ético de los valores y la finalidad de la acción. Los jóvenes, impulsados por el sentimiento de su fuerza, queriendo librarse de la constricción del pasado y fabricar un presente mejor, se ven seducidos por esta filosofía de la eficacia. Así se explica la buena acogida reservada en los Estados Unidos al empirismo pragmático que traduce en términos filosóficos la confianza en sí mismos de los pioneros victoriosos.

La tesis que acabo de resumir a grandes rasgos es harto conocida y ha servido y sirve todavía de base a la civilización occidental. El determinismo, por el contrario,

ha sido siempre una doctrina bastante secreta. No ha cesado de ser puesto en solfa, perseguido por la Iglesia y los príncipes, mal recibido por las masas que manifiestan mayor afición a la libertad humana cuanto más ferozmente esclavizadas se encuentran. Dichas circunstancias explican por qué la exposición de esta actitud ha adolecido siempre de tantas reticencias. Para evitar las condenas se ha procurado a costa de acrobatismos, de razonamientos a menudo lamentables, dejar a salvo el libre albedrío, eje de la armazón social. Fuera de estos motivos oportunistas, la exposición del determinismo tropieza con dificultades que no podrán ser nunca rebasadas por completo debido a que el conocimiento de los mecanismos naturales se acrecienta indefinidamente.

A fines del pasado siglo, el entusiasmo provocado por las espectaculares conquistas de la ciencia desarrolló cierto espíritu positivista y determinista, aunque no alcanzara nunca un verdadero rigor. La ciencia al hacer aparecer una multitud de nuevas interrogaciones a medida que algunas van siendo contestadas, poniendo de nuevo en tela de juicio lo que parecía ya seguro, ha arruinado poco a poco la seguridad que había engendrado y vuelto a sumir a los intelectuales en la postura escéptica que adoptan en la actualidad. Han renunciado a la esperanza de resolver la ecuación del mundo y se concretan a los estudios particulares susceptibles de acrecentar inmediatamente el poderío del hombre.

El único esfuerzo serio tendiente a una síntesis de conocimientos ha sido el materialismo dialéctico marxista. Ha proyectado éste una viva luz que no parece llamada a extinguirse pronto. Sin condenarlo, resulta forzoso subrayar sus limitaciones debidas a no haber dado entrada dentro del determinismo sino a los factores sociales. Para conservar, también él, el sentimiento del libre albedrío, se ha opuesto a la idea de un determinismo total, acusándole de ser un mecanicismo tosco y anticuado.

Mientras que el indeterminismo afirma la voluntad de atenerse a lo que se llama la observación y reconoce como fin la acción práctica, el determinismo es una doctrina de

interpretación enfocada hacia el conocimiento. Su punto de partida reside en el hecho de que la naturaleza verifica los cálculos del espíritu. Este encuentro tiene lugar en los minutos todos de la vida cotidiana gracias a él posible; no nos asombra, tan grande es la confianza que tenemos en nuestro pensamiento; la sorpresa se produce al contrario cuando surge un desacuerdo entre la previsión y la realidad. Sin embargo, la conjunción de estos dos órdenes de fenómenos consigue maravillarnos cuando se trata, entre otros ejemplos, del *descubrimiento* de Neptuno en el sitio previsto del cielo, del descubrimiento de los cuerpos simples que vienen a llenar las casillas vacías de la clasificación de Mendelejeff, del descubrimiento de los isótopos y también del de los compuestos químicos cuyas propiedades se determinan por anticipado.

Un examen más serio del proceso psicológico muestra que la observación no es sino una verificación de hipótesis, que el hombre encuentra lo que busca poseyendo más o menos conscientemente la certidumbre de encontrar. Así lo verdaderamente importante es la facultad de inventar hipótesis, facultad que, fuera del campo científico, se denomina premonición, *inspiración*, y que constituye el núcleo central del problema del conocimiento.

Analizando el modo como brota la inspiración se entera el hombre de lo mucho que ésta debe a las comparaciones y a las analogías, percatándose al mismo tiempo de los obstáculos que se ve abocada a vencer. Figuran entre ellos la lógica confundida con la razón, el sentido común que considera los seres y los objetos con arreglo a un valor utilitario de provecho y de acción, las convenciones jerárquicas de la sociedad, de la religión, y de la moral, por último, los complejos sentimentales nacidos del egocentrismo.

Ahondando en el examen de las circunstancias en que se verifican las premoniciones, el ser percibe la acción paralela de la necesidad interior y del aporte externo denominado suerte o casualidad; adquiere la certeza de que los fenómenos a ambos lados de la frontera del «yo» se encuentran sincronizados de una manera tan curiosa que no forman sino un solo engranaje.

Llegado a este punto, el espíritu se eleva a la idea del determinismo total y su convicción, para ser absoluta, no tiene necesidad de que las ciencias particulares hayan concluido el análisis circunstanciado de los mecanismos del cosmos. Ha alcanzado la hipótesis, la inspiración, la interpretación más general que puede concebirse:

El universo es un todo indivisible. Sus partes, diferenciadas en sistemas más o menos autónomos, según su movilidad propia, son profundamente homólogas, de tal suerte que cada una de ellas contiene en su unidad la naturaleza de la totalidad que de este modo se encuentra en todas implícita.

«Todo lo que está abajo es como lo que está arriba para realizar el milagro de una sola cosa».

Sólo puede aislarse un fenómeno obedeciendo a la necesidad intelectual de análisis y aun no hay que perder de vista durante esta operación que, aislado, el fenómeno se encuentra muerto y que para comprenderlo en su realidad viva es preciso reintegrarlo por medio de la imaginación a sus relaciones cósmicas.

La ciencia moderna, cuando despoja a estas relaciones de su carácter de causalidad para acusar los lazos de concomitancia, lejos de debilitar el determinismo lo robustece singularmente. Las nociones de causas y de efectos eran representaciones sociales ingenuas que traducían la idea de un obrero creador y tenían como corolario la voluntad de interrumpir la trabazón de los fenómenos. Los sabios formulan actualmente una idea familiar a los astrólogos antiguos que siempre insistieron en la sincronización rítmica de los movimientos cósmicos y de los sucesos terrestres, poniendo en guardia contra una interpretación causalista que, sin embargo, no ha cesado de atribuirseles.

El hombre, elemento del universo, está sometido a su mecanismo general. Es uno; su realidad no es divisible en un campo físico y en un campo mental. El pensamiento (aislado para su descripción) no difiere por esencia de aquello que constituye la *razón de ser específica de las cosas*. Resume, en las innumerables formas que lo componen, la historia evolutiva

de las transformaciones y de las experiencias que han traído la materia viva a nuestro estado presente. El análisis morfológico indica que estas formas encierran tanto de pasado como de porvenir, es decir, que son tanto recuerdos como premociones en potencia.

El determinismo que parece disminuir el valor del pensamiento arrebatándole su carácter excepcional y milagroso, le asigna por el contrario una significación más preclara: la de espejo fiel del universo. La alquimia de las imágenes pierde su gratuidad para convertirse en el testimonio sincronizado y verdadero de las transformaciones del mundo. Puede enunciarse la siguiente proposición: el Universo se refleja en la Conciencia y cuanto aparece en la Conciencia pertenece a la realidad del Universo. Esta fórmula me parece preferible a la de Hegel: «Todo lo que es racional es real, todo lo que es real es racional», que ha ocasionado apasionadas controversias a resultas de la oscuridad acumulada por los filósofos sobre el sentido de los términos «razón» y «realidad».

El hombre integrado en el Todo, tranquilizado en cuanto a la valía de su conocimiento, juzga a la conciencia instrumento imprescindible para descubrir las leyes estructurales y evolutivas del dinamismo universal. Considera pues, el ensanche de la conciencia como el medio de colocarse él y la sociedad en armonía con los mecanismos generales del cosmos.

Para el ser que se siente un instante del Todo, no cabe que el universo tenga contrario dialéctico, puesto que no puede juzgarse como un fenómeno particular y mirarse desde fuera. Carecen entonces de significación las cuestiones metafísicas acerca de la creación, el término y la finalidad, ya que tales ideas suponen un espacio más allá del espacio, un tiempo más allá del tiempo. Si se desea conservar el vocabulario religioso no obstante los riesgos de confusión que lleva consigo, hay que negarse a establecer relaciones dialécticas entre Dios y el Mundo, entre Dios y la Ley, entre el Mundo y la Ley, por no ser estas tres palabras sino nombres de una misma realidad en movimiento; se dirá en este lenguaje que el hombre participa de la naturaleza divina, que su conciencia es reflejo de Dios y

su deseo la fuerza de que Dios se sirve para operar la evolución. No existe necesidad alguna de rezar, de hacer sacrificios, de adoptar frente a las fuerzas naturales una estrategia de enternecimiento o de amenaza. El sol y los planetas continuarán, sin necesidad de súplicas, su marcha regular. Animales y vegetales cumplirán del mismo modo que los hombres su destino. Aumentar el conocimiento, percibir más clara y completamente las relaciones de los seres y de las cosas, integrarse en la Ley, esta es la actitud religiosa concebible.

Persuadido de la homología fundamental de las partes del universo, el determinista no puede asociarse a las críticas de algunos filósofos en contra del razonamiento por analogía. No olvida que el espíritu no dispone de otro método para formular sus hipótesis y pasar de lo conocido a lo desconocido.

El determinismo, nacido de la comprobación de que la naturaleza verifica el desarrollo de la vida pensante, considera a la profecía como única prueba del conocimiento. Otorga, por consiguiente, un interés especialísimo a las manifestaciones del espíritu profético cualesquiera que sean. Parecele importantes para el estudio del individuo, la psicología experimental, la morfología humana, todas las ciencias llamadas conjeturales y también ciertas aptitudes de videncia que, mediante mecanismos todavía oscuros (sin duda por haber sido sistemáticamente oscurecidos), han suministrado resultados incontestables. He aquí una suerte de experiencias que no habrá de complacer al decoroso círculo de los profesores serios. El ejemplo de la morfología demuestra que con el tiempo y el uso de un vocabulario científico estos eminentes personajes pueden acostumbrarse a este género de búsquedas.

Sabido es que la biología humana se ha orientado durante largo tiempo hacia el conocimiento de los desórdenes orgánicos. Los patologistas han podido así actuar, es decir, curar, y formular ciertos pronósticos concernientes a la evolución de incidentes mórbidos declarados. El estudio científico del ser sano llamado normal ha comenzado recientemente; es de toda importancia y será una de las características de la naciente civilización. Mediante el análisis

de las formas exteriores y de los gestos, gracias a la clasificación en constituciones y tipos, la pronosticación se extiende hoy al conjunto del desarrollo individual. Empiezan a percibirse las modalidades funcionales del ser y a dibujar de antemano la curva que habrá de describir con su ritmo propio.

Hasta la fecha la morfología había permanecido en la zona poco consciente de las percepciones inmediatas, de los juicios instantáneos e intuitivos, y no disponía para guiarse sino de las observaciones empíricas condensadas en aforismos tradicionales a menudo pintorescos. Partiendo del examen directo más sucinto, juzgamos de la salud, de las cualidades intelectuales y morales de un ser hacia el cual se despiertan inmediatamente: simpatía, amor, desconfianza o aborrecimiento. Esta mezcla de percepciones confusas y de reacciones pasionales constituye la primera etapa de la exploración del medio exterior. Luego viene la visión precisa y descriptiva hasta el momento en que la percepción se torna comprensión y conciencia. Esta última no ha sido posible en lo que atañe a las formas humanas sino recientemente, cuando el hombre ha dejado de ser un sujeto de lirismo y de introspección metafísica y se ha convertido en objeto de estudio, cuando el conocimiento de los mecanismos del cuerpo ha permitido concebir la forma como resultado de las acciones y de las reacciones entre el ser y el ambiente. Se ha podido intentar entonces una pronosticación algo precisa.

El descubrimiento de la morfología es un ejemplo de lo que acaecerá en el dominio de las otras ciencias conjeturales. La sociedad occidental ha utilizado la religión, la filosofía y la ciencia para explayar las nociones de libertad y de indeterminación; ha desarrollado en los individuos el sentido de la acción agresiva, de las especializaciones funcionales, de las diferenciaciones jerárquicas. Hay que comprender ahora la similitud de los seres y de las cosas, su medida común en la unidad fundamental del mundo.

El Arte cuando se despoja de toda necesidad representativa, de toda función de propaganda, cuando retorna a su origen en la inspiración y exaltación sensible, participa de los métodos

conjeturales. Tiende a transformar el concepto de la realidad, toca a las nociones fundamentales del espacio y del tiempo, busca relaciones nuevas entre las formas examinándolas sin prestarles significación utilitaria. Se comprende la resistencia burguesa a la eclosión de nuevas manifestaciones artísticas. Se explica la voluntad social de mantener las reglas de la preceptiva clásica y las normas estéticas tradicionales. Se admiten cuando más la fantasía y lo fantástico, nacidos de la *imaginación* porque la experiencia demuestra que no es peligrosa y no posee las virtudes explosivas de la inspiración, del automatismo. La imaginación que nuestros jóvenes filósofos neo-clásicos redescubren actualmente es un juego de modista y de decorador que no guarda relación alguna con el espíritu profético.

El surrealismo ha hecho no poco para desarrollar la noción del determinismo. En la atmósfera surrealista de París se engendraron condiciones favorables a la pronosticación. La poesía, emancipada del lirismo, de la música cadenciosa, del énfasis sentimental y verbal, del trémolo de los centelleos cromáticos, ha podido recobrar su valor original de percepción trascendente, de conocimiento superior de los hilos escondidos.

Hemos visto aparecer sobre los lienzos formas nuevas. Muchas de ellas son las mismas que la naturaleza utiliza en sus cristales, en las minas, en las playas gastadas por las olas y el viento, en el crecimiento vegetal, en las profundidades submarinas, en la intimidad de los tejidos vivos en escala microscópica, formas que el ojo percibía, pero que no veía el espíritu, acostumbrado a interesarse únicamente por los paisajes pintorescos, por los interiores decorados, por las naturalezas muertas y por los retratos. Han nacido otras figuras, trastocando la representación de los objetos y de sus relaciones o también ilustrando las emociones singulares del sueño. Hemos visto la mano del pintor inscribir la imagen de su propio porvenir.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Pierre Mabille. *L'oeil du peintre*. Minotaure, 12-13. Mayo de 1939



En semejante clima, donde la más severa disciplina racional se asocia a la mayor libertad sensible, donde las fronteras de la lógica y del sentido común son rebasadas, con conocimiento de causa, la experiencia demuestra que se puede avanzar no poco hacia el descubrimiento de la realidad verdadera. Un ejemplo banal: André Breton y yo, en Salon, en julio de 1940, pronosticamos con exactitud lo que sucedería a nuestros amigos y a los intelectuales que conocíamos; previmos para algunos que permanecerían en Europa voluntariamente o no, y para otros que lograrían escaparse. No tiene esta profecía nada de sensacional y sin embargo... procúrese representar el drama que se desarrollaba en los espíritus, la lucha, interior que reinaba entre tendencias contrapuestas. Cada cual ha creído conducirse libremente dentro de una situación confusa, oscurecida por la falta de informaciones o, por decir mejor, por la abundancia de informaciones falsas. Imagínese, si es posible, el sinnúmero de casualidades, empleando esta palabra aborrecible, que debieron ser favorables, las suertes ilógicas, extravagantes, que fueron precisas para salir de Francia, para viajar, para conseguir el permiso de entrada en los países extranjeros. Habrá que convenir que era aquél el prototipo de los instantes críticos personales ligados al drama colectivo más agudo. Profetizar suponía, en primer término, un juicio exacto de la realidad de cada individuo, realidad oculta por muchas manifestaciones contradictorias e inconsciente para la mayor parte de los interesados; después la creencia básica de que el medio social abriría y cerraría sus puertas según la necesidad verdadera de cada cual... ¡Ocurrió así!

Y ahora ¿se piensa que aquellos de entre nosotros que abrigaban la certeza de su solución personal se cruzaron de brazos esperando con fatalismo la llegada de la documentación y del dinero? No. Lucharon con el mismo ardor que si la solución hubiera sido incierta; pusieron de su parte el máximo así como aquellos que fracasaron, por supuesto. Subrayo estas cosas porque convendría acabar de una vez con la acusación de que determinismo y fatalismo son sinónimos. El fatalismo es una actitud deprimida, un abandono que toma su origen no

en una filosofía, sino en una presión social demasiado larga y abrumadora. El determinismo es una doctrina de conocimiento; cuenta con las reacciones de defensa y de agresión; juzga las posibilidades explosivas del ser, mas conoce su medida mientras que aquel que las padece se las figura ilimitadas.

¿Puede verificarse el determinismo en la previsión de los sucesos sociales? Con la tranquila certeza que produce la experiencia personal respondo: sí. Hasta añadiré que el destino colectivo es más fácil de prever que el destino de los individuos aunque diariamente se afirme lo contrario. Si; la inmensa mayoría de los sociólogos y de los filósofos contemporáneos se han distinguido en estos años últimos por la falsedad de sus augurios, no se debe este hecho, en mi sentir, a la naturaleza imprevisible de los sucesos históricos, sino a su errónea, comprensión. Es criterio clásico que las colectividades son aglomeraciones caóticas de individuos, sumas aritméticas que producen números indeterminados. Se han confundido las estructuras sociales con las funciones internas, es decir, con los movimientos que se operan en el interior de las formas.

En reacción contra las estafas morales y patrióticas cometidas por los políticos que se arrogan el derecho de hablar en nombre de las entidades colectivas, se ha llegado a negar la existencia de estas últimas. Francia no existe, se dice, sino solamente los franceses. No existe Alemania, sino los alemanes. Llevando más allá el análisis se añade: no existen los franceses, sino obreros, campesinos y capitalistas. Estos se han reservado un coto qué, mediante un aparato legislativo, militar y policíaco, lograron segregar *de* los dominios vecinos. Probablemente se podría llegar aún más lejos en la reducción de la historia a un denominador común. Este concepto fisiológico no ha dejado de ser útil; permite comprender muchos mecanismos del funcionamiento social. La experiencia demuestra, sin embargo, que no conduce a ninguna previsión y, por consiguiente, a ningún conocimiento general.

Si la ciencia del hombre se encuentra en sus comienzos, la ciencia de las sociedades está todavía por nacer. Deberá ésta desembocar en la creación de una morfología. Las colectividades cuentan con un designio y una existencia propias; poseen un ritmo de evolución particular incluido, por supuesto, en los ritmos generales de la Historia. Adquieren una significación precisa.

De grado o por fuerza se ven los hombres comprometidos como parcelas ínfimas en la evolución de las estructuras colectivas de que forman parte. Soportan, la mayoría de ellos sin ningún deleite, las crisis de transformación propias de la Historia. Es este uno de los aspectos de la ley universal que nos tocan más de cerca. El conocimiento de la Historia ha constituido la *ciencia sagrada* en el esoterismo antiguo. El notable libro de Juan Larrea<sup>2</sup> muestra cómo los sucesos contemporáneos han verificado las predicciones simbólicas de los textos sagrados del cristianismo, cómo la vida mítica de Pedro se ha materializado en el destino de la Iglesia, cómo la de Santiago constituye una prefiguración del destino de España y de su metamorfosis americana.

La Historia se nos aparece como la acción cíclica del tiempo, operando en el espacio geográfico por medio de estructuras sociales que desempeñan oficio de instrumentos. Vemos cómo la actividad humana se enciende y se apaga en determinados lugares, cómo nacen, se extienden y derrumban los imperios utilizando en cada caso los recursos fisiológicos de mezclas étnicas nuevas. Así se explica que cada una de las realizaciones políticas traduzca una fase de civilización y dé realce a un aspecto diferente del hombre, formulando una cosmogonía, una estética y una ética características.

El conjunto de estas transformaciones se halla sometido a la obligación de ritmos y de ciclos. Así es como a los períodos de liberalismo suceden los de despotismo; a los de expansión imperialista, los de parcelación del poder; a los de grandes empresas colectivas, los del artesanado. El carácter cíclico de la Historia no termina en un perpetuo retorno, en una

---

<sup>2</sup> *Rendición de Espíritu*. México, Cuadernos Americanos. 1943.

reviviscencia del pasado, como desean los reaccionarios, ya que las fases equiparables no son nunca idénticas, operando como operan en lugares diferentes, bajo formas particulares. Sin embargo, gracias al conocimiento de esta periodicidad y al de la morfología social, se ha logrado formular una previsión de los sucesos, y el determinismo ha *podido* verificarse en este sector lo mismo que en los otros.

¿Cómo explicarse que puedan coexistir las dos tendencias filosóficas que acaban de ser descritas, una de ellas incorporando al hombre a los mecanismos naturales, mostrándolo la otra como libre? Esta dualidad pone de manifiesto el conflicto que existe dentro de nosotros según la actitud subjetiva u objetiva que adoptemos.

Para el individuo el horizonte es un plano cerrado, un círculo del que siempre él es el centro. El mundo gira alrededor suyo, percibiendo él la resistencia del medio circundante, la energía que despliega en sus actos y su eficacia inmediata. Con un esfuerzo de imaginación y fiándose de las necesidades de su pensamiento, logra concebir ese otro aspecto de la realidad donde el sol es fijo y el horizonte móvil. Por medio del estudio de sí mismo contemplado como si fuera «otro», el ser se entera del largo pasado hereditario que contiene, del secular desarrollo social que resume, de la complejidad de los móviles afectivos que lo determinan.

En el momento de la acción dice: amo, temo, quiero, tengo necesidad. El drama interior culmina con el gesto que subjetivamente marca el término de un pasado y aparece como punto de arranque de una nueva serie de «posibles». El olvido habitual y sin duda indispensable de los mecanismos que en nosotros y fuera de nosotros han producido el acto, este olvido, digo, al que se debe el sentimiento de libertad, no rige sino para el ser que se percibe en el instante presente. No existe para el observador extranjero que no ha tenido que comprometerse en el esfuerzo y que conserva su lucidez. No existe ya para nosotros mismos cuando, consumado el acto, por reflexión, toma el suceso lugar en la conciencia.

El determinismo, percepción de la Realidad, conocimiento de los misterios, se halla figurado en las sagradas escrituras bajo el aspecto del Arbol de la Ciencia al que está rigurosamente prohibido tocar. ¡Se concibe sin dificultad el interés de las iglesias y de los poderes políticos por que nadie se le acerque! Oponiéndome a su actitud que lleva a la explotación de las masas mantenidas en la ignorancia y en el temor, debo sin embargo subrayar las dificultades prácticas que encuentra el hombre a medida que desarrolla su conciencia. No conviene que pueda ésta oponerse a la vida, refrenar los impulsos, matar la espontaneidad, engendrar una atmósfera de desesperación; es preciso por el contrario que favorezca la evolución y se convierta en su guía. ¿Quién, en nombre de su clarividencia, querrá descubrir a la madre el porvenir real de su hijo con el cúmulo de luchas que ha de verse obligado a soportar? ¿Quién dirá al enfermo todos los dolores que habrá de sufrir aún en el caso feliz de su restablecimiento? He aquí al experto militar, ha calculado el poderío de los dos ejércitos en pugna, el valor de su equipo, conoce la inteligencia de los jefes y el vigor combativo de los hombres, puede señalar de antemano el resultado del combate y hasta saber el número de muertos que habrá de producir. ¿Debe presentarse ante sus tropas anunciando la victoria como fatal y participando a muchos miles de soldados su muerte ineluctable? Obrando así transformaría los elementos del problema que ha estudiado, disminuiría la voluntad agresiva de la tropa sobre la que cuenta como factor fundamental del éxito. De hecho se calla comunicando los resultados de su previsión solamente a los encargados de establecer en la sombra los planes ulteriores.

Si los hombres son iguales en cuanto a valor potencial, cosa perfectamente demostrada, no son idénticos ni funcionalmente superponibles, no se puede concebir que todos lleguen a la vez al mismo grado de conciencia, lo que supondría una experiencia pasada idéntica y aptitudes semejantes. Digamos para no pecar de imprudentes que durante largo tiempo todavía ciertos individuos tendrán acerca del determinismo un conocimiento más extenso que los otros. Estos elegidos de la naturaleza pueden ser tanto una ayuda como un obstáculo

para la evolución social. La necesidad de que un grupo consciente se haga cargo de la responsabilidad mayor ha sido subrayada por el mismo Lenin. Este, estimando el materialismo marxista como la clave del conocimiento del determinismo social, consideraba a los miembros del partido como elementos a la vez conscientes y responsables de la revolución proletaria.

La experiencia del pasado, fortalecida por la observación de los sucesos contemporáneos, demuestra el peligro que pueden significar las minorías provistas de conocimientos o considerados como tales. Poseen una tendencia a formar castas abusando del poder que les es otorgado y a constituir nuevas clerecías que no valen más que las que han venido a reemplazar. El problema adquiere gravedad particular en el momento en que se habla de la posible institución de una tecnocracia.

La creencia en la indeterminación conduce, por el subjetivismo que desarrolla y por la confianza que exalta en la libertad del gesto, a no conocer más freno que la moral personal, siendo ésta a priori el fruto más o menos confesado de una revelación superior.

El determinismo, por el contrario, lleva al establecimiento de una moral general cuyos preceptos principales son los siguientes:

- Quien busca el conocimiento debe quebrantar los obstáculos que lo hacen imposible: los prejuicios sociales, los conflictos de razas y de pueblos, la división de las ciencias, las barreras artificiales que separan a los seres, los complejos sentimentales que impiden su acercamiento.

- Quien se incorpora a la Ley natural sabe que ésta no concierne a la felicidad personal de los individuos sino al triunfo de sus posibilidades evolutivas. Se propone como fin ayudar, tanto en el ser como en las colectividades, el desarrollo de este proceso secundando a las potencias de transformación y luchando contra la Inercia, cualesquiera que sean las formas que ésta tome. Es así, en el sentido exacto del término, un revolucionario permanente como la naturaleza misma.

- Quien sabe que la libertad, en el sentido metafísico de la palabra, no existe, sino que constituye un arma social de

represión penal y una ilusión subjetiva del instante, asume como fin, mediante el mayor conocimiento de las condiciones del determinismo, operar la metamorfosis del hombre en Conciencia.

Exige que los medios de conocimiento, propiedad colectiva, no sean facilitados sino con garantía de que dicho conocimiento no ha de servir para la explotación de los hombres, viéndose sometidos los privilegiados a compromisos formales y a un control riguroso.

Estos preceptos constituyen las condiciones mismas del nacimiento del nuevo mundo.

## El Paraíso

Al dirigirme a una sociedad enamorada de las ciencias y el modernismo, ávida de vitaminas y complejos, me parece necesario sacrificarme a la moda y, para hacerme entender mejor, apropiarme de la terminología erudita. Propongo entonces el estudio de aquello que constituye en el individuo el complejo paradisíaco y, en la sociedad, el mito edénico.

Se expresa allí una forma particular y, a mi juicio, patológica, que adoptan las reacciones normales del ser en su lucha contra las coacciones que lo rodean. Esta desviación tiende a construir en el futuro un mundo imaginario, diferente del mundo real, y su consecuencia es una orientación singular del comportamiento personal y colectivo y la creación de una suerte de ética práctica, de una verdadera regla de vida.

Durante siglos, millones de individuos protestan contra las condiciones de vida que les son impuestas. Las masas populares reducidas a una esclavitud más o menos rigurosa, no tienen prácticamente razones para regocijarse; en cuanto a las minorías, ellas encuentran en las enfermedades, en las desesperaciones sentimentales y en otras catástrofes que las alcanzan, serios motivos para compadecerse. En consecuencia, la opinión general es que la naturaleza no se encuentra demasiado bien organizada y que la sociedad es todavía más detestable. Esta opinión encuentra su origen en reacciones sentimentales inmediatas reforzadas por los escritos filosóficos del pasado. Considera al universo perceptible, con sus irregularidades, su movimiento incesante, como un «accidente» más bien desagradable;



percibe como realidad verdadera un orden estático, donde la salud sería perfecta, el amor eterno y una amable quietud engendraría una felicidad ilimitada. Este mundo estaría considerado como perteneciente al orden de lo divino, del Paraíso, del Edén. De tal manera, se encuentra engendrada una dualidad del movimiento y el reposo, de lo real y lo imaginario, del objeto y la sustancia, de lo puro y lo impuro. Una vez establecida esta dualidad, el hombre admite como evidente, y esto es muy importante, que el acceso a la vida ideal no puede ser más que la recompensa de un sacrificio.

Los místicos del cristianismo concluyen inmediatamente en que este sacrificio debe comenzar sin demoras, practicado con el más extremado rigor, a fin de alcanzar lo más rápidamente posible el estado de felicidad total y duradera. Ya que la vida terrenal es una prueba, porque es un corto transcurrir a través de este valle de lágrimas, no se trata de demorarse o sobre todo de arriesgarse degustando determinados pequeños placeres transitorios, y perder así las delicias infinitas del Paraíso.

Esta conducta excesiva sólo es llevada a la práctica por una minoría. La inmensa generalidad de los hombres procede con una más maliciosa moderación. Aunque también esperando alcanzar el Paraíso celeste merced a la observancia de los ritos religiosos, no renuncia a la idea de establecer en la tierra un bosquejo de existencia paradisiaca con el arreglo discreto de las condiciones sociales y la utilización de los principios de la economía. El complejo paradisiaco se manifiesta entonces en lo que se podría denominar, en repostería, la filosofía de la rebanada de pan con manteca.

El hombre se persuade de que el Destino distribuye a cada uno una «parte», que comportaría una mezcla, según proporciones definidas, de alegrías y dolores, y que si se tragan primero los dolores, no quedará luego sino el placer. El Destino es considerado como una especie de maestra de escuela que reparte entre sus alumnos rebanadas de pan con manteca para que las saboreen. Si el niño es inteligente y «moral», comerá primero el pan para después ir a instalarse

en un rincón agradable y saborear la deliciosa confitura. La conducta de la burguesía europea, y conozco sobre todo la de aquí, es típica en este sentido. Para ella la vida es un cálculo, cuyo éxito en el resultado, exige la observación de reglas estrictas:

El muchacho, tras su salida del servicio militar, que marca los límites permitidos a las excentricidades de la juventud, debe unirse con una chica que no presente alguna tara esencial y ponerse inmediatamente a trabajar, audazmente, infatigablemente: levantándose bien temprano, acostándose tarde; renunciando a los placeres, viviendo sin lujos, economizando en la mesa, en la indumentaria, y esto durante veinte o treinta años. Los niños son criados en el rigor. Cada mes, se depositan las economías en la caja de ahorros, y después en el banco. Algunos a veces se ven atrapados por la ambición y no paran hasta cambiar de clase social o devenir empresarios; pero, para la mayoría, el objetivo del inmenso sacrificio sólo consiste en proporcionarse una reserva de confituras para así disponer, con inteligencia, de un pequeño paraíso. De éste hablan los esposos, en su intimidad, cuando los chicos ya se han acostado; es la señal secreta de su unión, de su complicidad: Se construirá una casita cerca de la ciudad.

Señora -Con flores en la entrada y un balcón cubierto de rosas.

Señor -El jardín dará sobre el río... se pondrá un billar en el sótano.

Señora -¡Por fin se tendrá una radio decorosa, para escuchar buenos conciertos! Se tendrá tiempo para leer.

Señor -También será necesario tener un perro guardián. Se llamará Azor.

-Una vez al año, se hará un viaje.

-Y los niños vendrán para desayunar cada domingo.

He aquí lo que se dice en la casa del empleado bancario, del panadero y del verdulero, en la casa del capataz y del cartero, en la del profesor, del oficinista y del gendarme. Y como hablar de ello acarrearía desgracia, cada uno oculta lo que soñó.

A la hora señalada se opera la metamorfosis, una curiosa metamorfosis análoga a la que produce el insecto en su larva. Ha llegado la hora de la jubilación. La casa, finalmente construida, es «simple, pero de acuerdo con nuestros gustos». Las ropas de trabajo, antiguos uniformes impuestos por la sociedad, son cambiadas por viejas vestimentas para el reposo: es la «forma de vestirse del rentista». Los niños son ubicados: «Ahora que consiguieron un empleo harán como nosotros, trabajarán». Y comienza la vida en los suburbios, suburbios que son tan parecidos a los cementerios, con sus mismas flores y sus mismas rejas. Otros jubilados más bucólicos han instalado su Paraíso en un rinconcito tranquilo de la provincia, cerca de un arroyo «cristalino», como una versión reducida del Jardín de los Dioses de Virgilio... «Lejos del ruido y las agitaciones»

La jubilación es como una primera muerte voluntaria, una muerte de ensayo, con un paraíso incompleto a causa de los reumatismos del Señor o del fibroma de la Señora, pero, en suma, algo bastante bien logrado, en espera del Paraíso definitivo y verdadero; el Señor, con su espíritu fuerte, no cree demasiado en esas cosas, pero la Señora lo espera formalmente ya que el cura le ha asegurado su existencia, que ha sido descrita en los mejores libros, y sobre todo porque, en pos de su búsqueda, al depositar una ofrenda durante la misa, ella se ha asegurado su entrada.

Tal es la regla del juego social. De ella son excluidos: el obrero, cuya mujer compra los pollos en el mercado; las coquetas que se lo gastan todo en su toilette; los que tienen doce hijos —«se reproducen como conejos»— a menos que no tengan una fortuna suficiente, en cuyo caso constituirían un piadoso ejemplo; los jugadores, los sibaritas, los que se comen la manteca antes que el pan; los insaciables que no saben retirarse a tiempo y trabajan hasta el último día de su vida sin estar obligados, porque las ideas de grandeza constituyen también un vicio.

Deben ser severamente castigados y ninguna pena será demasiado severa para ellos: los demonios, los enviados de Satán, los que se roban las economías, los financistas deshonestos, los notarios que se escapan, las mujeres

adúlteras que rompen la asociación administrativa del matrimonio y provocan la disolución de la comunidad, los buitres de los políticos, que hablan de impuestos a las rentas y reducen los del capital, el mundo fraudulento de las altas finanzas internacionales, que cambia el valor de la moneda y provoca kracks en la Bolsa, los ogros revolucionarios «que no hacen sino trabajar y economizar como todo el mundo», los políticos imbéciles que, con su falta de previsión, provocan la guerra en el territorio de la Patria -las otras guerras, las que suceden lejos, son más interesantes, pues se asemejan a grandes partidos de fútbol y favorecen sensiblemente los negocios.

Es para defender estas reglas del juego, por lo que el mundo se bate salvajemente en la actualidad.

El mito edénico no ha engendrado solamente el espíritu burgués, ha contribuido, y contribuye todavía, al éxito de las empresas belicistas, porque la guerra supone el sacrificio del soldado -y este sacrificio sería inconcebible sin el incentivo de la recompensa, sin el atractivo del Paraíso.

Por mi parte, no creo en el papel dominante que jugarían los instintos sádicos y masoquistas en la guerra. Es verdad que se liberan en ocasión del combate, pero infinitamente menos que en otras actividades tales como las actividades policíacas. Históricamente, el coraje del soldado se halla en función directa con su creencia en un porvenir edénico para él o los suyos. El musulmán no teme morir durante la batalla porque sabe que a continuación irá a vivir para siempre a un jardín sombreado, donde será servido por cuarenta jóvenes esclavas, bellas y obedientes, perspectiva para él singularmente más prometedora que la de arrastrar una vida miserable en una choza llena de chicos que gritan, moscas y pulgas. El soldado japonés obtiene su heroísmo de una certidumbre del mismo orden. Las descripciones poéticas del Walhalla, durante mucho tiempo han excitado el entusiasmo del blondo germano.

En todas las guerras de religión, la muerte asegura la salvación y el Dios al que se sirve no puede menos que agradecer a su campeón abriéndole inmediatamente la puerta de los Campos Elíseos.

En la época contemporánea, el soldado justifica su sacrificio, con la esperanza de que gracias a él será establecido un orden estable, una paz definitiva. De toda guerra, se anuncia que será la última. Los políticos no dejan de prometer que los tratados internacionales y la organización ulterior del mundo, harán nacer una edad de oro de la justicia y la prosperidad generales. Con lo que pagará el vencido, durante mucho tiempo el vencedor será un rentista satisfecho. La muy débil agresividad que mostraron los franceses en 1939, se debía en gran parte a que la experiencia que habían adquirido a partir de la guerra precedente, les había hecho perder la fe en este género de ilusiones. Los alemanes, por el contrario, estaban persuadidos de poder realizar con poca costa, gracias a las nuevas técnicas, para ellos y para sus hijos, un agradable paraíso de Señores, reinando durante mil años sobre una Europa entera reducida a la esclavitud. La fórmula de «manteca o cañones», es muy característica de esta mentalidad.

Por otra parte, no caben dudas de que el movimiento revolucionario internacional, durante mucho tiempo se ha visto largamente contaminado por la mística edénica. La disminución progresiva de la fe religiosa ha transformado la psicología de las masas. Estas han comprendido que se burlaban de ellas y se las estafaba generosamente exigiéndoles un trabajo cada vez más penoso, con la simple promesa de un reposo en el más allá. Han descubierto, en la religión, una de las armas más refinadas de la opresión social. Las operaciones financieras que caracterizaron el siglo XIX, y que arrojaron como resultado el robo periódico y científico a los pequeños ahorristas, quitaron al obrero, ya incapaz de vivir de su salario, la menor esperanza de acceder alguna vez a la categoría de rentista.

A medida que se despertaba la conciencia, un análisis de las condiciones de la producción y el intercambio persuadió a una importante fracción de la población, que la dureza inhumana del trabajo era causada por una cantidad de ociosos y aprovechadores, y que era el resultado de una mala organización social violentamente instituida. Poco a poco, se instaló la idea de que el capitalismo es una suerte de monstruo

apocalíptico responsable de todos los padecimientos, una especie de diablo, semiabstracto, semiconcreto, al que el partido de la revolución, como un nuevo caballero de los tiempos modernos, debía matar. Muerta la hidra, la tierra liberada del mal conocería un paraíso donde las máquinas trabajarían para el hombre devenido en amo de su destino, debiendo aportar apenas dos o tres horas de trabajo cotidiano. En esta edad de oro, el resto del tiempo estaría ocupado por entretenimientos colectivos, sanos e idílicos, apenas distintos de los que sueña un rentista. A partir de la revolución rusa, hemos visto surgir una literatura de propaganda y un gran número de films donde abiertamente se planteaba el paraíso soviético. Intelectuales de todos los partidos del mundo fueron a visitar la URSS, con la esperanza de encontrar el Jardín de las Hespérides; muchos regresaron despechados, testimoniando así que en su ingenuidad habían creído que la revolución era sinónimo de conquista del paraíso.

Es tiempo de terminar con estas atroces ingenuidades. Si nuestra época tiene un sentido y, así como yo lo creo, profundas mutaciones se hallan en vías de producirse en la mentalidad humana, uno de los principales obstáculos que debe ser superado es ciertamente el complejo paradisiaco.

El fracaso reiterado de los tratados de paz perpetua, la conocida caducidad de los contratos solemnes, los resultados de la revolución en un inmenso país como Rusia, son otras tantas experiencias capaces de desarrollar en numerosos espíritus una conciencia más clara de la Realidad.

Somos de aquéllos que rechazan categóricamente la ilusión de un paraíso en el más allá, la inmunda quietud del rentista, la infantil creencia en una edad de oro, siempre prometida y siempre pospuesta. Pretendemos vivir en la actualidad. Ciertamente, debe prepararse el porvenir, pero ¿existe un mejor medio para esto que haciéndolo presente?

A nuestro juicio la dialéctica no significa la lucha entre el héroe y el monstruo o entre el Bien y el Mal, una lucha que estuviese a punto de cesar para conducir al exterminio definitivo de una de las fuerzas en combate, es decir que hiciese lugar al reposo en una unidad recuperada entre lo

«estático» y el «éxtasis». La dialéctica para nosotros significa la coexistencia indefinida de fuerzas contradictorias y polimórficas cuyo conflicto engendra la vida y cuyo significado, bueno o malo, no tiene sentido sino para tal o cual ser en un momento preciso de su existencia, sin un carácter general absoluto. Para nosotros, la dialéctica deja de ser una especulación intelectual metafísica para incorporarse a nuestra conciencia cotidiana, para encarnarse en el conocimiento. Esta transformación profunda que se ha operado en nuestro espíritu nos permite superar las fórmulas anteriores de razonamiento lineal e incluso circular, para alcanzar un razonamiento más rico cuya elipse de dos centros constituye su estadio más simple. Una tal observación indica cómo el análisis cartesiano que presupone el círculo puede y debe ser superado.

En relación con la ética, nos negamos a que sea proseguido el juego neurótico del sacrificio y la recompensa; luchamos contra la desviación histérica aportada a las relaciones sociales por los mitos religiosos y las reglas burguesas tradicionales. Ante todo, queremos suprimir el sacrificio individual del pequeño burgués porque engendra la acumulación, permite el desarrollo del capitalismo y deforma sistemáticamente las condiciones naturales de la vida.

Queremos ser cada día lucha y reposo, deseo y dolor, con el máximo de conciencia.

El aliento revolucionario se confunde para nosotros con la voluntad permanente de asegurar el triunfo de la vida sobre la muerte. No es una preocupación reciente, ni la herencia de un partido cualquiera, ni tiende a la constitución de un estado ideal. Nadie puede ser su guardián, nadie puede encerrarlo en un sistema cerrado, es ilimitado en el tiempo, apunta a todos los dominios a la vez, es decir que no puede satisfacerse por una acción dirigida únicamente hacia un objetivo político, económico, religioso, o artístico. En este sentido, reconociendo absolutamente la importancia decisiva de los factores económicos en la evolución humana, desconfiaríamos de toda transformación que no considerara este aspecto del problema social; de la misma manera que consideramos que un simple

cambio de régimen alimenticio sería insuficiente para cambiar al hombre.

En la lucha en curso, reconocemos que una cierta estrategia es necesaria para contrarrestar eficazmente la agresión, así como la aplicación de una técnica se torna indispensable para todas las ramas de la actividad. Pero somos concientes de los peligros de una estrategia fija y, más aún, de las estrategias. En el movimiento incesante, podría suceder que la forma liberadora de la víspera deviniese rápidamente en una fuerza opresora. Por poco que se prolongase la batalla, y si no se prestase una atención suficiente, el enemigo podría encontrarse detrás de nosotros, en lugar de hallarse siempre de frente. La historia nos enseña que en ciertos momentos la opresión puede disminuir, y nosotros esperamos que sea considerablemente reducida, pero sabemos también que no será jamás completamente reducida: queremos entonces reconocerla bajo las múltiples formas que sea susceptible de adoptar y para ello afinar cada día nuestra lucidez, someter la estrategia colectiva, así como la nuestra en particular, al control permanente de la conciencia. De tal modo, no podemos abandonarnos completamente a unas fórmulas, por excelentes que puedan parecer, o a unos jefes, cualquiera sea el valor que ellos tengan. Ante todo estamos contra la mística del jefe.

Preocupados por la lucha y no por el sacrificio, mientras reprobamos los holocaustos, no esperamos nada del reposo eterno, nos importa normalizar la vida, decidiendo cada día el reposo, el aislamiento y el descanso necesarios. Como nuevos Prometeos, queremos recuperar nuestra fuerza por medio del contacto cotidiano con el yo.

Habiendo dejado la vida de estar sistemáticamente condenada en provecho de las condiciones ilusorias de una futura felicidad, queremos en el presente hacer el aprendizaje de la felicidad que nos había sido vedada.

Por cierto, la negación del paraíso en modo alguno significa para nosotros que adoptásemos una actitud estoica. El valor principal del surrealismo me parece que ha sido el de reintroducir lo maravilloso en las posibilidades cotidianas. Ha enseñado que si la realidad parecía funesta e insípida, era



porque el hombre no sabía apreciarla, al estar su mirada limitada por una educación destinada voluntariamente a enceguecerlo y por una censura estética heredada de las edades pasadas. Ha enseñado que si el hombre se encontraba sordo en un mundo mudo, era porque había sido ensordecido por el griterío de una sociedad estúpida, por las repeticiones anestésicas hasta la saciedad de los motivos de nuestros amos. Se ha preparado para escuchar la voz interior que a cada minuto es capaz de dictar el poema. Por medio del automatismo, ha hecho surgir posibilidades proféticas y emocionales que ya existían en cada uno pero que estaban ocultas y parecían extinguidas para siempre. Al indicar las vías del milagro permanente, el surrealismo ha demostrado que lo maravilloso no era extraño a la vida sino que podía y debía incorporarse a ella, que era su expresión. Es entonces en parte gracias a él que podemos aceptar estar cada día conscientes porque nos ha permitido el sueño, cada día en la lucha por haber adquirido conocimiento del reposo, cada día nuevos y en movimiento en un mundo en movimiento.